

LOS FUECOS ARTIFICIALES DE LOS SIETE SECRETOS

Enid Blyton



Lectulandia

Sussy se ha pasado esta vez: ¡anda por la calle pregonando que el Club de los Siete Secretos está acabado! Para demostrarle que sigue tan activo como siempre, Peter convoca una reunión para el sábado. Asuntos no les faltan, pues la Noche de las Hogueras se aproxima y tienen que prepararlo todo: ahorrar para comprar cohetes, hacer el muñeco y buscar el sitio donde quemarlo. El lugar elegido es el campo que está tras el jardín de Peter. ¡A preparar la gran noche, Siete Secretos! Sin embargo, unos hombres tratan de ahuyentarles del bosque y además han desaparecido algunas cosas que nuestros amigos guardaban en su local de reuniones. ¡Cuántos misterios!

Lectulandia

Enid Blyton

**Los fuegos artificiales de los Siete
Secretos**

Siete Secretos - 11

ePub r1.2

Titivillus 19.08.15

Título original: *Puzzle for the Secret Seven*

Enid Blyton, 1959

Traducción: María Victoria Oliva

Ilustraciones: Burgess Sharrocks

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



LOS FUEGOS ARTIFICIALES DE LOS SIETE SECRETOS



by Enid Blyton

Illustrated by Burgess Sharrocks



C. S. S. significa «CLUB SIETE SECRETOS».

Ésta es la undécima novela de Enid Blyton para la colección «SIETE SECRETOS».

Los títulos son:

El Club de los Siete Secretos.

Una aventura de los Siete Secretos.

¡Bien por los Siete Secretos!

Los Siete Secretos sobre la pista.

Un misterio para los Siete Secretos.

¡Adelante, Siete Secretos!

¡Buen trabajo, Siete Secretos!

El triunfo de los Siete Secretos.

Tres «hurras» para los Siete Secretos.

Un rompecabezas para los Siete Secretos.

Los fuegos artificiales de los Siete Secretos.

Los formidables chicos del Club de los Siete.

Un susto para los Siete Secretos.

¡Cuidado Siete Secretos!

Los Siete Secretos se divierten.

Todos estos libros tienen por protagonistas a los siete mismos personajes y a su perro, *Scamper*, pero cada volumen constituye una aventura completa e independiente. Yo confío que éste os guste tanto como los demás.

Enid Blyton
=

¿Qué les ha ocurrido a los «Siete Secretos»?

Un hermoso día del mes de octubre, Peter, Jack y Janet regresaban del colegio. Alguien les seguía, saltando alegremente. Era Sussy, la hermana de Jack.

—¡Hola! —exclamó—. ¿Qué les ha ocurrido a los «Siete Secretos»? Ahora nunca os reunís.

—¡Tú siempre con tus tonterías! —repuso Peter—. No nos ha ocurrido nada.

Sin dejar de seguirlos, Sussy entonó esta cancioncilla:

—El «Siete Secretos» agoniza. Ya no tiene reuniones. Lo único que queda de él es el ridículo C. S. S. en la puerta.

—¡Qué estúpida eres, Sussy! —le dijo Jack, furioso—. ¡Ir cantando por la calle que el «Siete Secretos» agoniza! ¡Qué sabes tú!

—Sé muchas más cosas de las que tú crees —replicó Sussy, que ahora iba saltando ante ellos—. Sé que hace un siglo que no os habéis reunido; sé que Jack ha perdido la insignia; sé que no podéis usar el cobertizo de casa de Peter para vuestras reuniones; sé...



Janet, Peter y Jack miraron con cara de pocos amigos a la sonriente y desesperante Sussy.

—¿De modo —exclamó Peter— que sabes que no podemos utilizar el cobertizo de mi jardín? Eso demuestra que has estado fisgoneando.

—Es que mi pelota saltó por encima de la verja de tu jardín, tuve que entrar para recogerla, y entonces vi que el cobertizo estaba lleno de cebollas. ¡Cebollas! —exclamó entre estrepitosas risas—. Por eso sé que no os podéis reunir en vuestro local. Además, tengo mis motivos para querer enterarme de si el «Siete Secretos» sigue con vida o no.

Peter se detuvo en seco. Los demás hicieron lo mismo. ¿A qué se debería aquel interés de Sussy?

—¿Qué estúpidos motivos son esos? —preguntó Peter con cara de vinagre—.

¡Habla!

—Pues el motivo es, sencillamente, que si vuestro «Siete Secretos» ya no funciona, fundaría yo otro «Siete Secretos» —repuso Sussy con un débil destello de maldad en sus ojos claros—. Invitaría a formar parte de mi club a Leonardo, a Harry, a...

—¿Conque pretendes imitarnos? —dijo Janet con un tonillo de desprecio—. Nunca me han gustado los copiones.

—De todas formas, Sussy, que se te quite eso de la cabeza —dijo Peter—. El «Siete Secretos» se reúne el próximo sábado. ¿Verdad, Jack?

Jack no sabía nada de esta reunión, pero asintió con entusiasmo.

—Sí, el sábado próximo. Quedamos a las diez, ¿no, Peter?

—A las diez en punto —respondió Peter, dando un codazo a Janet para que no metiera la pata.

—Entre tantas cebollas, será una reunión deliciosamente perfumada —comentó Sussy—. ¿Queréis que os ayude a sacarlas del cobertizo?

—¡No! —Rugieron a la vez Peter y Jack.

Janet dio un empujón a Sussy.

—¡Vete ya! Te estás poniendo demasiado pesada. ¡Tú dirigiendo un club! ¡No me hagas reír!

—Eso será facilísimo para mí. Ya lo veréis.

Y se fue sin dejar de saltar. Janet, Peter y Jack la siguieron con una mirada furibunda.

—Habrás de procurar tener a raya a tu hermanita, Jack —dijo Peter—, como tengo yo a Janet.

—¡A mí no me tienes tú a raya! —replicó Janet en el acto.

Y se fue a grandes zancadas.

Los dos chicos se miraron.

—¡Chicas al fin! Todas son iguales —dijo Jack en un tono de desprecio, pero lo bastante bajo para que Janet no lo oyese.

—Sussy es un poco peor que las demás —afirmó Peter, y añadió—. Yo creo, Jack, que debemos celebrar esa reunión de que hemos hablado, aunque será un engorro trasladar las cebollas a otra parte. Me parece que mi padre nos lo permitirá.

—¿Sabes lo que estoy pensando? Que podríamos ir todos a las diez menos cuarto, o sea quince minutos antes de la reunión, y así te podríamos ayudar. Será fácil avisar a los otros.

—De acuerdo —dijo Peter—: a las diez menos cuarto... Pero advierte a Sussy que si intenta asomar aunque sólo sea la nariz por la puerta del cobertizo, le... le... ¡Bueno, no sé lo que le haré!

—¿De qué hablaremos en la reunión? —preguntó Jack—. Desde que no nos reunimos no ha ocurrido nada de particular, nada misterioso ni que merezca que el «Siete Secretos» se preocupe. Sin embargo, convendría que pudiéramos poner a

discusión algún asunto.

—Asuntos no nos faltarán —dijo Peter, que de pronto había tenido una idea luminosa—. Podemos hablar sobre los preparativos para la Noche de las Hogueras. Tenemos aún dos semanas por delante. Convendría que empezáramos a ahorrar para comprar cohetes. Y a pensar en hacer un muñeco y en buscar el sitio para quemarlo^[1].

—Has tenido una gran idea —dijo Jack, entusiasmado—. Ya tenemos de qué hablar en la reunión. Si no empezamos a ahorrar en seguida, llegará la Noche de las Hogueras y no tendremos dinero para comprar fuegos artificiales. ¡Qué ocurrencia tan estupenda has tenido, Peter!

—¡Por Dios y todos los santos, Jack, encuentra tu insignia! Sussy ha dicho que lo has perdido.



—Sussy es una charlatana —murmuró Jack—. Sí, la he perdido. Mi madre, sin darse cuenta, la mandó a la tintorería en la solapa de mi *blazer*. Ya puedes figurarte el disgusto que me llevé cuando devolvieron el *blazer* de la tintorería y vi que la insignia no estaba. Al oírme refunfuñar, Sussy se enteró de que la insignia había desaparecido.

—Lo mejor será que procures convencer a tu madre de que te haga otra. Ya sabes que no se puede entrar en el cobertizo sin la insignia.

—¡Bueno, hombre, bueno! —exclamó Jack—. Me gustaría que perdieras la tuya. Entonces sabrías lo que uno siente en esos momentos. Yo no tenía la menor idea de que mi madre iba a enviar mi *blazer* a la tintorería.

Peter le dio un puñetazo amistoso.

—No te enfurruñes por tan poca cosa. Encárgate de decir a Jorge que tenemos

reunión el sábado. Yo se lo diré a Colín, y Janet avisará a Pamela y a Bárbara.

—De acuerdo —dijo Jack mientras Peter se columpiaba colgado en la puerta de hierro de su jardín—. Algo bueno puede decirse de Sussy, y es que por ella hemos convocado una reunión. ¡Nunca lo olvidaré! ¡Hasta la vista!

—Hasta la vista —repuso Peter.

Y echó a correr por el camino que conducía al cobertizo donde los «Siete Secretos» solían reunirse. Abrió la puerta y vio salir rodando una docena de cebollas. Peter las obligó con el pie a volver a entrar mientras decía:

—¡Esperad hasta el sábado! Entonces tendréis que salir de aquí para dejar el sitio libre a los «Siete Secretos». ¡Janet! ¿Dónde estás? ¡Una nueva reunión! ¡Cómo nos vamos a divertir!

¡La contraseña, por favor!

De buena mañana, Janet y Peter estaban ya en el cobertizo con dos o tres carretillas de diferentes tamaños, dispuestos a transportar a otra parte las cebollas. El jardinero no disimuló su contrariedad cuando supo que se iba a sacar del cobertizo su preciosa cosecha.

—Hemos pedido permiso a papá —explicó Peter—, y él nos ha dicho que podemos llevarlas a la glorieta.

—En la glorieta entra la lluvia —dijo el jardinero.

—Mi padre nos ha dicho que podemos coger un trozo de lona vieja para taparlas —añadió Janet—. Ya sabe usted que el cobertizo es nuestro, el local de nuestras reuniones.

—¡Hace ya tantísimo tiempo que no os reunís! —comentó el jardinero. Y añadió —: Os advierto que yo tengo trabajo, de modo que habréis de sacar las cebollas vosotros mismos. ¡Vais a tener que trabajar de firme!

—Tenga en cuenta que vendrán los demás y entonces seremos siete —dijo Peter—. La unión hace la fuerza.

—A ver si por ser demasiados cocineros estropeáis el guiso —dijo el jardinero. Y se fue con el rastrillo al hombro.

—Tiene gracia lo que ha dicho —comentó Janet, asombrada—. Se lo contaremos a los demás. Ahora oye una cosa. Hay tres carretillas. ¿No te parece que para cargarlas sería más cómodo recoger las cebollas a paladas que cogerlas con las manos en manojos de dos o tres?

—Hay que reconocer —dijo Peter— que a veces tienes buenas ocurrencias. Me acercaré al cuarto de las herramientas y veré lo que hay allí. No me gustaría encontrarme con el jardinero. Está un poco amoscado. Si mientras estás sola llega alguien, pídele la contraseña y mira si lleva la insignia.

Janet empezó a cargar cebollas en una de las carretillas. Habría cargado unas veinte cuando aparecieron Colín y Jorge.

—¡Hola! —saludó Janet—. La contraseña, por favor.

—Hace tanto tiempo que no nos reunimos, que la hemos olvidado —repuso Colín—. Ya nos enteraremos cuando lleguen los demás. Ten en cuenta que no es obligatorio decirla hasta que se entra en el cobertizo. ¿La sabes tú?

—Sí —asintió Janet—. Pero tuve que consultar mi diario. Os advierto que no os la diré: Peter se enfadaría... Venid a ayudarme; estoy recogiendo las cebollas... Otra cosa: ¿lleváis la insignia? Bien. Peter me ha ordenado que la exija también.

—Esto me recuerda días lejanos —comentó Colín—. No debemos estar tanto tiempo sin reunirnos.



Y empezó a coger manojos de cebollas.

—Aquí vienen Pamela y Bárbara —dijo Janet al oír pasos—. ¡Hola! La contraseña, por favor.

Colín y Jorge aguzaron el oído: era el momento de enterarse.

—¡«Pequeño Willie»! —Dijeron las dos niñas a la vez.

Seguidamente, Janet la pidió a Jorge y a Colin, y los dos chicos la dijeron, levantando mucho la voz. Pamela se echó a reír.

—¡Ya veo que la habíais olvidado!... ¡Oh, cuántas cebollas!

Peter reapareció acompañado de *Scamper*. Transportaba una pala de gran tamaño y dos pequeñas.

—La contraseña —le pidió Jorge—. Y conste que no es «Jack, el matador de gigantes».

—Ya lo sé —dijo Peter con una sonrisita de burla—. Es «Pequeño Willie». ¿Verdad, *Scamper*?

—¡Guau! —Ladró *Scamper*, que estaba la mar de contento al ver tanta gente.

—Jack no ha venido todavía —dijo Peter—. ¡Ah, ahora llega! Lleva puesta la insignia. Me contó que la habían mandado a la tintorería con su *blazer*, y que cuando devolvieron la prenda limpia, la insignia ya no estaba. Yo le aconsejé que pidiera a su madre que le hiciese otra.

—¡Hola! —exclamó Jack, que había llegado corriendo—. Soy el último, ¿verdad? Lo siento. Es que me olvidé de que había perdido la insignia y no me acordé hasta última hora. Entonces le pedí a mi madre que me hiciera otra y...

—Pues la que llevas en el abrigo parece la vieja —dijo Janet.

—Lo es —contestó Jack—. ¿Y sabéis a quién debo el haberla encontrado? A Sussy. Me ha dicho que cuando se encuentran broches, insignias y otros objetos de

esta clase en la ropa que se manda a limpiar, en la tintorería los guardan en un sobre y ponen el sobre en un bolsillo. Luego ha hurgado en el bolsillo de pecho de mi *blazer* y allí estaba la insignia, encerrada en un sobrecito. Habría llegado con mucho más retraso si Sussy no me hubiese ayudado a encontrar la insignia.

—¡Qué raro que Sussy te haya hecho un favor! —comentó Jorge—. Felicítala de mi parte... Bueno, ya estamos todos reunidos. Ahora, a sacar las cebollas. Luego celebraremos la sesión.

Los siete niños empezaron a trabajar febrilmente. Unos cargaban a paladas las cebollas en las carretillas y otros las llevaban a la glorieta. Pronto estuvieron trasladadas todas las cebollas. Peter y Jack las cubrieron con el viejo trozo de lona, para evitar que se mojasen si llovía.

—Ahora volvamos al cobertizo para celebrar la reunión —dijo Peter—. Buscaremos unos cuantos cajones para sentarnos, y cuando hayamos terminado, haremos una buena limpieza y lo dejaremos todo en orden.

Volvieron, pues, al cobertizo. A Peter le extrañó encontrar la puerta cerrada. Y su sorpresa aumentó al oír que *Scamper* gruñía. ¿Qué había ocurrido?

Peter intentó abrir la puerta, pero no lo consiguió porque estaba cerrada por dentro. En esto, una voz conocida y una risita burlona salieron del cobertizo.

—¡La contraseña, por favor!

—¡Sussy! —Gritaron todos a la vez.

Peter empezó a sacudir la puerta furiosamente.

—¡Eres una atrevida, Sussy! ¡Este local es propiedad de nuestro club! ¡Abre la puerta inmediatamente!

—¡Calma, calma!... Sólo quería estar un ratito aquí para convencerme de que este sitio es horrible. ¡Uf, qué mal huele! Cuando yo tenga mi club, no celebraré las reuniones en un almacén de cebollas, sino...

Peter volvió a sacudir violentamente la puerta.

—¡Sussy! —bramó—. ¡Si no abres te...!

—Abriré —contestó Sussy—, pero con una condición, que me dejéis salir sin tocarme y sin decirme nada. De lo contrario, me quedaré aquí y celebraré yo solita la reunión que queréis celebrar vosotros.

Peter comprendió que estaba derrotado.

—De acuerdo, sal. Hemos de reunirnos esta misma mañana. ¡Pero te aseguro que nos las pagarás!

Se abrió la puerta y Sussy apareció correteando alegremente y con una sonrisa burlona en su insolente rostro. Nadie le dijo ni una palabra, aunque todos le habrían dicho de buena gana las cosas más terribles. Y Sussy desapareció por el sendero del jardín, seguida por los débiles ladridos de *Scamper*, que la miraba extrañado.

—¡Que se vaya con viento fresco! —dijo Pamela.

—Empecemos ya. Os juro que me alegro de que Sussy no pertenezca al «Siete Secretos». Es una loca insoportable.

Planes en abundancia

Los siete miembros del club entraron en tropel en el cobertizo y miraron en todas direcciones.

—Tendremos que traer algunos cajones para sentarnos, como ha dicho Peter —dijo Janet—. Sé donde hay unos cuantos. Iremos por ellos las chicas mientras vosotros barréis esto un poco. El suelo está lleno de pieles de cebolla.

Poco después, los Siete estaban sentados en cajones en el interior del cobertizo. Se sentían muy cansados de tanto trajinar e ir y venir con las carretillas. Con ellos estaba *Scamper*, que no cesaba de golpear el suelo con la cola.



—Nos hemos reunido para decidir lo que vamos a hacer la Noche de las Hogueras —dijo Peter, muy serio—. Aún tenemos bastante tiempo, pero nos parecerá poco, pues hemos de recoger mucho dinero si queremos comprar fuegos artificiales. Además, tenemos que pensar en el muñeco.

—¿Y si hiciéramos un muñeco que fuera exactamente igual que Sussy? —propuso Pamela—. Es la chica más molesta que he conocido.

—¡No! —exclamó Jack inmediatamente—. Esto encantaría a Sussy. Iría pregonándolo con orgullo por toda la ciudad. Debemos hacer una figura grande y que llame la atención.

—¡Eso! Y una hoguera bomba —dijo Bárbara—. La mayor de todas las que hemos hecho. El año pasado hicimos una bastante grande, pero me gustaría que este año fuera mucho mayor aún. Me encantaría ver unas llamas altísimas y un muñeco digno de ellas.

—Bueno —dijo Peter—, hay que empezar en seguida a recoger material. No es fácil reunir la leña que se necesita para hacer una gran hoguera.

—¿Dónde la guardaremos? —preguntó Colín.

—En mi jardín —repuso Bárbara—. Así, los niños de la vecindad podrán verla.

—No —rechazó Peter—, tu jardín está demasiado lejos y resultaría muy pesado llevar la leña hasta allí. Y creo que sería mejor ir amontonándola en el campo que hay a espaldas de este jardín. La leña seca abunda junto a la empalizada y en el bosque cercano, de modo que no nos resultaría muy penoso transportarla.

—Bien pensado —dijo Jack—. Podríamos quedar citados en el bosque y dedicarnos todos a recoger ramas gruesas y leña menuda. Esto será más divertido que si cada cual hace su trabajo solo.

—De acuerdo —aceptó Peter—. Ese punto está solucionado. Hemos dado un paso hacia delante. Ahora hablemos del dinero que hay que recoger para comprar los fuegos artificiales.

—Como hemos hecho siempre —dijo Bárbara—, cada uno de nosotros traerá lo que pueda. Yo tengo algún dinero en mi hucha: contad con él. ¿Quién será el tesorero?

—Es preferible que ese punto se ponga a votación —dijo Peter.

Acto seguido sacó su cuaderno de notas, arrancó una página, la dividió en trozos iguales y entregó un trozo a cada uno.

—¿Tenéis lápices todos? —preguntó—. ¿Tú no, Pamela? Pues toma el mío. Cada cual que escriba el nombre del que crea que ha de ser un buen tesorero. Pensad que el tesorero ha de guardar el dinero de todos, recoger el que vayamos trayendo y llevar un libro de cuentas para que sepamos lo que ha entregado cada uno. ¿Estáis preparados para la votación? Pues ya podéis escribir el nombre que os parezca mejor. Debemos elegir a uno que sepa mucho de cuentas, pues a ninguno de nosotros nos haría gracia que se armaran líos con nuestro dinero.

Todos chuparon sus lápices y quedaron pensativos. ¿Un buen tesorero? ¿Un miembro del club que supiera mucho de cuentas y que no se armara líos con el dinero?...

Al fin, los Siete tuvieron escrito el nombre. Entonces doblaron el trocito de papel y lo entregaron a Peter. Éste los fue desdoblando uno por uno y dijo sonriendo:

—Bien, por lo que veo, todos creéis que soy yo el más indicado. He sacado seis votos. ¡Muchas gracias!

—Pero somos siete —dijo Pamela—. Alguien no te ha votado.

—¡Qué tonta eres! —exclamó Peter—. El voto que falta es el mío. No iba a votarme a mí mismo. He votado a Jack... Bueno —añadió—, tenemos otra cuestión resuelta. Nos reuniremos aquí todos los sábados a las diez, a menos que cambiemos de opinión. Traed todo el dinero que tengáis. Y cuando todo esté anotado en el libro de cuentas, nos iremos por el campo y por el bosque en busca de material para la hoguera.

—Me parece muy bien —dijo Jorge en un tono de satisfacción—. Es muy agradable estar ocupados en cosas del club. No debemos volver a pasar tanto tiempo sin reunirnos.

—También hay que hablar del muñeco —añadió Colín—. ¿Quién se encargará de hacerlo?

—Yo creo que eso es trabajo de las tres chicas —opinó Peter—. Que se encarguen ellas de hacer un gran cuerpo con materiales de relleno. Ellas saben más de coser y de todas esas cosas que nosotros.

—¡No me hagas reír! —exclamó Janet—. Tú no saber coser ni poco ni mucho... Oye, Peter: ahora me acuerdo de que mamá me dijo que el edredón de tu cama ya no sirve, porque está viejo y se ha apollado. Y yo creo que, apretándolo bien, podría ser el cuerpo del muñeco.

—¡Pues claro! —exclamó Bárbara—. Es una idea estupenda. Y yo creo recordar que en el desván de mi casa hay una alfombra vieja. La podríamos poner alrededor del edredón para engordar al muñeco.

—Me parece muy bien —dijo Peter—. También vosotras tenéis de vez en cuando buenas ideas. La cuestión del traje la resolveremos en otra reunión. A mí me parece que antes de vestir al muñeco debemos ponernos de acuerdo sobre sus dimensiones.

—Yo no lo haría demasiado grande —opinó Jack—, pues podría ocurrir que no encontrásemos trajes viejos para vestirlo.

—Bien —dijo Peter—; ya podemos levantar la sesión. Ahora sería conveniente que nos dedicásemos a barrer el cobertizo, y luego, que trajéramos la mesa vieja y la estantería que teníamos antes.

—Bien pensado —dijo Colín, levantándose—. ¡Perdona, *Scamper* si te he pisado la cola! Ha sido sin querer... Escuchad: alguien viene. Si es Sussy, no la dejaremos escapar: todos nos lanzaremos en su persecución por el camino.

Pero no era Sussy: era la madre de Peter, que les traía bizcochos y gaseosas.

—No sé la contraseña —declaró—, pero espero que me dejéis entrar si digo «Gaseosas y bizcochos».

—¡Qué madrecita tan simpática tengo! —exclamó Peter abriendo la puerta—. Entra, mamá. Estamos todos. Hemos tenido una reunión estupenda. ¡Si supieras las cosas que hemos planeado!

—Me alegro de volver a ver juntos a los «Siete Secretos» —dijo la buena señora, depositando la bandeja en el cajón que hacía las veces de mesa—. He traído también galletas de perro para *Scamper*, pues sé que no le gusta que lo dejen a un lado.

—¡Guau, guau! —Ladró *Scamper*, agradecido. Y empezó a lamerle las manos.

Todos la emprendieron alegremente con los bizcochos y las gaseosas. Se sentían felices. Habían trazado magníficos planes. De nuevo trabajarían juntos y se reunirían una vez por semana, o tal vez con más frecuencia.

—¡Brindo por la Noche de las Hogueras! —dijo Peter levantando su vaso—. ¡Y también por el magnífico muñeco que vamos a tener!



El sábado por la mañana

El sábado siguiente los «Siete Secretos» se volvieron a reunir.

—«Pequeño Willie» —fueron diciendo antes de entrar en el cobertizo.

Peter los iba observando con atención y comprobando, satisfecho, que llevaban la insignia.

En el cobertizo reinaban la limpieza y el orden. Peter había esparcido arena por el suelo. Sólo había dejado de cubrir el lugar que ocupaba una vieja alfombra que les había regalado la madre de Pamela. Se veía también una estantería de dos pisos y en ella varios vasos de plástico, unos cuantos platos, un bote de caramelos y una caja de bizcochos caseros hechos por la madre de Peter.

Scamper se sentó frente a la estantería y no apartaba la vista de la caja de bizcochos. De vez en cuando lloriqueaba.

—Es inútil, *Scamper* dijo Peter. —Aún no es la hora de los bizcochos... No le hagáis caso. Se ha zampado un buen desayuno.

—Tengo que hablaros del muñeco —dijo Pamela—. Nos está saliendo muy bien.

—¡Estupendo! —exclamó Peter.

—Hemos utilizado la vieja alfombra de Bárbara —siguió diciendo Pamela— y el edredón apolillado de Janet. Esto ha sido una suerte, pues las cosas que se apolillan hay que quemarlas.

—Enrollando el edredón y la alfombra —explicó Janet—, ha resultado un cuerpo bastante bien formado. ¿Queréis verlo? Está detrás del cobertizo, cubierto con una tela impermeable.

—No debisteis dejarlo allí —dijo Jack—. Sussy puede verlo.

Janet fue en busca del muñeco sin terminar. Era muy grueso, pero las niñas habían conseguido darle la forma de un cuerpo humano. Tenía la cabeza redonda. Una cuerda atada a la cintura daba forma al busto. También los brazos y las piernas eran rollizos.

—Todavía no hemos hecho los pies y las manos —dijo Janet—. No está mal, ¿verdad?

A *Scamper* le causó gran impresión aquella figura tan rara. Le ladraba sin cesar y parecía muy asustado. Los niños se reían de él.

—Ya verás cuando esté vestido, *Scamper* —le dijo Janet—. Entonces le ladrarás con razón.

—Si alguien tiene ropa vieja que pueda sentar bien a este personaje —dijo Peter—, que haga el favor de traerla cuando nos volvamos a reunir. Y si podéis dársela antes a Janet, mejor.

—El muñeco estará más seguro dentro del cobertizo, ¿no os parece? —sugirió Jack—. Sussy anda siempre rondando por aquí, y podría verlo si lo dejamos fuera. Aún sueña con fundar un club propio, ¿sabéis? Si lo consigue, seguro que vendrá a visitar el cobertizo.

—Bueno —dijo Janet—, lo dejaremos aquí, junto a la puerta trasera, envuelto en la tela impermeable. No os olvidéis de buscar algo para vestirlo: un traje grande y vistoso, y además, un sombrero o una gorra, también de grandes dimensiones. Le pondremos una careta y será una verdadera maravilla.

—Ahora hablemos del dinero —dijo Peter—. ¿Habéis traído algo?

Para satisfacción de todos, ni uno solo dejó de contribuir. Pamela un chelín; Bárbara dos; uno con sesenta Colín; Jorge uno noventa; cero noventa Jack y cuatro entre Peter y Janet.

—Ya tenemos más de once chelines —dijo Peter.

Anotó rápidamente nombres y cantidades, hizo la suma y añadió:

—Está muy bien, ¿eh?

—Siento haber traído tan poco —se excusó Jack.

—Es que esta semana ha sido el cumpleaños de mi abuelo y gasté casi todo mi capital en el regalo. Traeré más la semana que viene. Mi abuelo me ha ofrecido media corona por limpiarle el garaje.

—¡Estupendo! —exclamó Peter—. Hemos empezado bien. Y ahora ¿no os parece que podríamos comernos unos bizcochos y luego ir en busca de leña para la hoguera?

—¡Guau! —Ladró *Scamper*, golpeando el suelo con la cola.

Todos se echaron a reír.

—No sé si tienes derecho a un bizcocho, *Scamper*. No has traído dinero ni ayudado a construir el muñeco.

—¡Guau, guau! —Volvió a ladrar *Scamper*, corriendo hacia Peter y poniéndole una pata en la rodilla.

—Dice que se ganará el bizcocho viniendo a coger leña con nosotros —tradujo Peter con la mayor naturalidad—. ¿Qué os parece, se lo damos?

—Sí —respondieron todos.

Y *Scamper* obtuvo el primer bizcocho que salió de la caja. Cada miembro del club cogió uno. Acto seguido, se marcharon, no sin cerrar cuidadosamente la puerta del cobertizo. Comiéndose los bizcochos, se encaminaron al extenso campo que había a espaldas del jardín.

—Busquemos un buen sitio para encender la hoguera —dijo Peter—. Tened en cuenta que no debe estar muy cerca de la valla: hay que evitar que el fuego pueda prender en ella.

—Mirad: ahí hay un buen sitio —dijo Jack, señalando una porción de terreno espaciosa y llana.

—El fuego estará lejos de la valla y tendremos espacio más que suficiente para danzar alrededor de la hoguera.

A todos les pareció un lugar excelente. Peter aprobó con un movimiento de cabeza.

—Otra cosa solucionada —dijo, y añadió—: Mirad: ahí está el guarda de mi padre. Le pediremos que nos dé todo el ramaje para la hoguera. El guarda era un

hombre de edad. Estaba junto a la valla, cortando los brotes que sobresalían, a fin de alisar la cerca vegetal. Los niños se acercaron a él y se quedaron mirando con un gesto de admiración la facilidad con que alisaba el muro de ramaje.

—Buenos días, Burton —saludó Peter—. Da gusto verle trabajar. Hay que ver lo bien que deja los setos. Y a cavar zanjas no hay quien le gane.

—Me gusta trabajar al aire libre —repuso el viejo—. Me encantan el sol, el viento, la lluvia...

—¿Puede darnos todo ese ramaje? Es para hacer un buen fuego la Noche de las Hogueras.

—Sí, os la podéis llevar —dijo Burton—. Yo la dejo aquí y ya la cogereis cuando queráis.

Peter le dio las gracias y dijo a sus compañeros.

—Ahora vamos al bosque para recoger la leña que encontremos allí. Estoy seguro de que reuniremos tanta, que nos va a sobrar. Pero tendremos que trabajar de firme toda la mañana.

Y echaron a correr hacia el bosque a través del campo, seguidos por *Scamper*, que ladraba alegremente. El fiel *Scamper* no sabía lo que iban a hacer los «Siete Secretos», pero estaba decidido a ayudarles, fuera en lo que fuese.



Tres desarrapados

Los siete niños se internaron en el bosque, haciendo crujir la hojarasca bajo sus pies. Excepto en los sitios donde había árboles de hoja perenne, el bosque estaba despejado y lleno de luz. Peter corrió hacia una rama caída.

—Ya tenemos un buen trozo de leña para nuestra hoguera. Dejemos aquí todo lo que recojamos. Jack y yo hemos traído cuerdas. Podremos atar las ramas cuando tengamos muchas y transportarlas en haces al lugar de la hoguera.

—Buena idea —dijo Colín—. Separémonos y busquemos en todas direcciones.

El bosque estaba lleno de ramas caídas. Todas las que se habían podrido o estaban muy secas, las había arrancado hacía poco un impetuoso vendaval. Los Siete estaban encantados de su excelente cosecha.

—Voy a dejar esta leña en el sitio indicado —dijo Pamela—. Ahora me dedicaré únicamente a las ramas pequeñas. Ya he traído muchas grandes.

—Yo haré lo mismo —dijo Janet, y exclamó—: ¡Mirad! Por allí viene Jack arrastrando medio árbol. ¡Eso es una rama y no las que nosotras hemos traído!

Buscando leña para la hoguera y pisando la crujiente hojarasca, nuestros siete amigos se estaban divirtiendo de verdad. Éstos fueron amontonando la leña debajo de un gran árbol, en el lugar convenido. El montón alcanzó muy pronto proporciones gigantescas. Había en él ramas grandes y pequeñas, troncos gruesos y delgados. Para terminar, llegaron Peter, Jack y Colín arrastrando una rama descomunal.

—Tendremos que dividir esta rama en varios trozos —indicó Peter, jadeante—. Nos va saliendo todo a pedir de boca, ¿no os parece?

—Vayamos a la choza del guarda para descansar un poco —dijo Jack—. Estoy rendido. He comprado dos bolsas de dulces variados. Nos los comeremos mientras descansamos.

—Bien pensado —aprobó Peter.

Y los «Siete Secretos» se dirigieron a la cabaña de Burton, el cual solía comer en ella los días de lluvia. La choza se hallaba en la linde del bosque. Estaba cubierta de hiedras y zarzas. En verano esta capa vegetal era verde, y tan espesa, que apenas se veía la cabaña.

—Yo ya he venido aquí otra vez —dijo Pamela cuando estuvieron cerca—. Debe de ser magnífico tener una cabaña así. No creo que a Burton le importe que descansemos en ella. ¿Qué os parece a vosotros?

—¡Claro que no le importará! —exclamó Peter.

—Janet y yo hemos entrado muchas veces.

De pronto, *Scamper* empezó a ladrar desesperadamente. Peter lo miró extrañado.

—Pero ¿qué te pasa? Aquí no hay nadie. Ni siquiera una liebre.

El perro dejó de ladrar, dirigió su sensible hocico hacia la cabaña y empezó a ladrar de nuevo.

—Ahí no puede haber nadie —le dijo Peter—. Anda, ve a mirarlo y te quedarás

tranquilo.

Scamper se encaminó a la choza gruñendo. Iba muy despacito y con el cuello estirado. Todos le miraban sorprendidos. El perro se fue derecho a la puerta, allí se detuvo y empezó a ladrar furiosamente. Del interior salió una voz airada.

—¡Largo de aquí! ¡Y que no os volvamos a ver!

Al mismo tiempo que esta voz, salió de la cabaña una piedra que le pasó rozando a *Scamper*.

Peter corrió hacia la choza y se detuvo ante la puerta, mirando a tres hombres que había en el interior.

—¿Por qué le tiráis piedras a mi perro? Por poco le dais. Podíais haberle hecho daño.

Se oyó una carcajada y otra piedra alcanzó a Peter en el tobillo. *Scamper* lanzó un gruñido feroz y se dispuso a atacar a los desconocidos. Peter lo sujetó cuando ya iba a entrar en la cabaña.

—Os aconsejo que salgáis de aquí —dijo Peter en son de amenaza—. Esta choza es de Burton. Si no os vais, iremos a buscarlo y vendrá él a echaros.

Los tres hombres se echaron a reír y uno de ellos lanzó otra piedra que pasó rozando el marco de la puerta y dio en el suelo, junto a *Scamper*.

—¡Ahora mismo voy a avisar a Burton! —gritó Peter.

Y corrió hacia donde estaban sus compañeros, por cierto muy asustados. Luego salió disparado en busca de Burton.

Acto seguido, los tres hombres salieron de la choza y se detuvieron en la puerta unos segundos para mirar al atemorizado grupo infantil. Uno de los hombres blandió el puño. Cuando los tres sujetos echaron a andar, los chicos empujaron a las chicas, creyendo que irían hacia ellos; pero no fue así, sino que se internaron en el bosque hablando en voz baja.



—¡Qué tipos tan asquerosos! —exclamó Janet, respirando al ver que se marchaban—. ¿Qué harían en la choza de Burton?

—Estarían planeando alguna fechoría —repuso Colín—. Esta cabaña es un lugar excelente para reunirse tres bribones.

—Voy a anotar algunos rasgos de esos individuos en mi agenda —dijo Jack—. Podrían sernos útiles.

—No sé para qué pueden servirnos —repuso Pamela.

—¡Quién sabe, mujer! —exclamó Jack—. Mirad: ya vuelve Peter... ¿Qué, has encontrado a Burton?

—No —contestó Peter, jadeante—. ¿Se han ido esos hombres?

—Sí —asintió Colín—. Jack va a anotar algunos de sus rasgos personales. No me cabe duda de que están planeando alguna fechoría.

—Apunta —dijo Peter—. Uno es bajo y moreno y tiene la nariz carcomida.

—Exacto —dijo Jack, escribiendo—. Otro es alto y grueso y lleva bigote. Tiene el pelo rojizo y va sin nada en la cabeza.

—El tercero es flaco y cojea —añadió Pamela—. Además, sus orejas parecen abanicos.

Jack acabó de tomar las notas y se guardó la agenda.

—Ahora —dijo—, a transportar la leña. ¿Dónde están las cuerdas? Nos

comeremos los dulces en el cobertizo. Por nada del mundo me los comería en la cabaña de Burton después de la visita de esos tres desarrapados.

Preparando la hoguera

Peter llevaba tres trozos de cuerda atados a la cintura. Los desató y dio uno a Jack y otro a Jorge.

—Haced un buen haz cada uno y atadlo bien fuerte —ordenó el jefe del club—. Vosotras nos ayudaréis a transportarlos.

Pronto formaron tres grandes haces con la leña recogida y los ataron firmemente. Luego los tres chicos se pasaron las cuerdas por encima del hombro y salieron del bosque arrastrando los haces. A través del campo se dirigieron al lugar donde pensaban encender la hoguera.

—Esto es divertidísimo —dijo Janet, mientras ayudaba a Peter a transportar su pesada carga—. Escucha, Pamela, se nos han caído algunas ramas por el camino. Vuelve atrás y recógelas.

En menos de media hora, todas las ramas secas, grandes y pequeñas, que habían recogido estaban apiladas en el lugar destinado a la hoguera. Los «Siete Secretos» retrocedieron y contemplaron orgullosos el gran montón. *Scamper* movía la cola con celeridad. Por lo visto, creía que había prestado gran ayuda, cuando todo lo que había hecho había sido transportar con la boca una larga rama que golpeaba las piernas de Peter.

—No está mal para empezar —comentó éste—. Y ahora escuchad: si tenéis algún rato libre, dedicadlo a recoger más leña. Seguramente, así lo haremos Janet y yo la semana próxima a la hora de la comida.

—Yo podré hacer una escapada con mi «bici» por la tarde, cuando salga del colegio —dijo Jorge—. A esa hora todavía hay bastante luz.

—Bien —aprobó Peter—. Por pequeña que sea la ayuda, nunca deja de ser ayuda, como dice mi padre cuando nos mandan a cavar con la esperanza de que removamos la tierra de medio jardín.

—Vamos a descansar y a comernos los dulces —dijo Pamela—. Estoy rendida.

Se dirigieron al cobertizo. Peter abrió la puerta y entraron todos.

—Tengo la puerta cerrada —explicó el jefe del club— porque el dinero de la hoguera está en esa caja que pusimos en la estantería. Y también porque aquí dentro está el muñeco. Si Sussy pudiera entrar, haría alguna de las suyas.

—Pero no tocaría el dinero —dijo al punto Jack—. Eso lo sabes tú tan bien como yo.

—Desde luego —admitió Peter, y añadió, dirigiéndose a Jack—: Saca los dulces. Es casi la hora de comer, pero no nos quitarán el apetito. Yo por lo menos, comeré a dos carrillos. Tenemos bistec y pastel de riñones, y siempre estoy dispuesto a comer estas cosas tan estupendas.

—¡Bistec! ¡Pastel de riñones! —exclamó Jorge—. Haz el favor de no nombrar esas cosas. Tengo un apetito tan feroz, que de buena gana me zamparía todos los dulces de Jack.

Al oír esto, Jack se volvió a guardar las dos bolsas de golosinas en el bolsillo. Entonces sus dedos tropezaron con la agenda y se acordó de las notas que había tomado sobre los tres sujetos que habían visto salir de la cabaña de Burton. Sacó la agenda y leyó las notas en voz alta. Luego dijo:

—Me gustaría que volviéramos a encontrarnos con ellos. Así sabríamos adónde van. A lo mejor, vuelven a la cabaña de Burton.

—No los volveremos a ver —comentó Colín—. Ni en la choza de Burton ni en ninguna otra parte. Son vagabundos que merodean por toda la comarca. Estoy seguro de que han entrado en la cabaña para descansar.

—Eso no es más que una suposición —dijo Jack, desalentado. Y volvió a guardarse la agenda en el bolsillo.

—¿Cuándo nos volveremos a reunir, Peter?

Éste preguntó:

—¿Podréis venir el jueves por la tarde, cuando salgáis del colegio? No tendremos que ir a buscar más leña. Nos reuniremos sólo para ver si alguien ha encontrado ropas para vestir al muñeco y para recoger el dinero que alguno de nosotros tal vez pueda traer. Así no tendremos que perder el tiempo en estas pequeñeces el sábado, que es cuando iremos a recoger más leña para la hoguera.

—De acuerdo —dijo Colín. Y Jack y Jorge asintieron también.

—Pamela y yo —dijo Bárbara— quizá no podamos venir. Seguramente tendremos un ensayo especial de baile, pues la función se nos echa encima.

—Bien, pero si es posible, venid —dijo Peter—. La misma contraseña. No hay que decir que las insignias son obligatorias... ¿Oís esas campanadas? Es la hora de la comida. Vamonos ya. Hasta el lunes, compañeros.

Los «Siete Secretos» se dispersaron. Peter y Janet, acompañados por *Scamper*, se dirigieron a su casa a través del jardín.

—¡Qué sucios vais! —les gritó su madre al verlos—. ¡Id a lavaros las manos!

—Es que hemos estado recogiendo leña para la hoguera —explicó Janet—. No tardaremos ni un minuto en lavarnos.

Mientras saboreaban con excelente apetito el bistec y el pastel de riñones, contaron a su madre lo que les había ocurrido aquella mañana. Cuando le dijeron que se habían encontrado con tres vagabundos en la cabaña de Burton, la madre se quedó mirándoles fijamente.

—Oídmeme —les dijo—: ninguno de vosotros debe ir solo al bosque. Únicamente cuando os reunáis tres o cuatro podéis ir. No me gustan nada esos tipos. También yo los he visto rondar por aquí estos días.

—No son más que vagabundos, mamá —dijo Peter—. Además, cuando los vimos nos acompañaba *Scamper*.

—No vayáis nunca al bosque sin *Scamper*. Y las niñas no deben ir a menos que las acompañéis vosotros. Esto es una orden, ¿entendéis? Si no me hacéis caso, se lo diré a vuestro padre.

—No es necesario que digas nada a papá —dijo Peter en un tono de extrañeza—. Ya sabes que te obedecemos siempre... Oye, mamá: me gustaría que vieras el montón de leña que tenemos ya para la hoguera.

—Ya la veré cuando le prendáis fuego. Y, al mismo tiempo, me recrearé contemplando vuestros fuegos artificiales... ¡Ah! Si quieres ganarte algún dinero, Janet, puedes hacerme un trabajito.

—Dime lo que he de hacer, mamá.

—Sacar la ropa del armario y volver a guardarla de modo que quede bien ordenada. Este trabajo te valdrá un chelín..., si lo haces bien, por supuesto.

—Lo haré. Siempre me ha gustado ordenar las cosas.

Y después dijo a su madre que la próxima reunión del «Siete Secretos» sería el jueves.

Pero tuvieron que reunirse antes, porque ocurrió algo extraordinario.

Y fue Colín, no Peter, el que convocó esta reunión imprevista.

Colin tiene noticias importantes

El lunes por la tarde, cuando Peter y Janet estaban haciendo los deberes que les habían puesto en el colegio, oyeron sonar el timbre del teléfono. Descolgó el auricular la madre, que en seguida dijo a Peter:

—Es Colin, que quiere hablar contigo. Está muy emocionado.

Peter corrió al teléfono. Janet le siguió. ¿Qué habría ocurrido? Aquella tarde Colin había hecho parte del camino del colegio a casa en compañía de Peter y no había dicho al jefe del club nada de particular.

—¡Hola, Colín! Soy Peter.



Colín contestó al punto con voz agitada:

—Peter: ¿podemos vernos ahora mismo? Ha ocurrido algo importante. Hay que convocar una reunión lo antes posible. Mañana mismo, a la salida del colegio, si puede ser. Pero tenemos que hablar en seguida. Con la «bici» me planto ahí en dos minutos.

Peter estaba alarmado.

—Pero ¿qué demonios ha ocurrido? ¿Por qué hemos de celebrar una reunión extraordinaria?

—No te lo puedo decir por teléfono. Cierta persona me podría oír.

La cosa olía a misterio.

—Conforme —dijo Peter—. Puedes venir. Lo mejor será que nos veamos en el cobertizo. Allí estaremos solos. ¡Hasta ahora!

Colgó el auricular y se quedó mirando a Janet, que estaba a su espalda.

—¿Qué ocurre? —preguntó la niña ávidamente.

—No lo sé —contestó Peter—. Colín viene ya hacia aquí. Quiere convocar una reunión para mañana. ¿Qué habrá pasado?

—Voy contigo —dijo Janet.

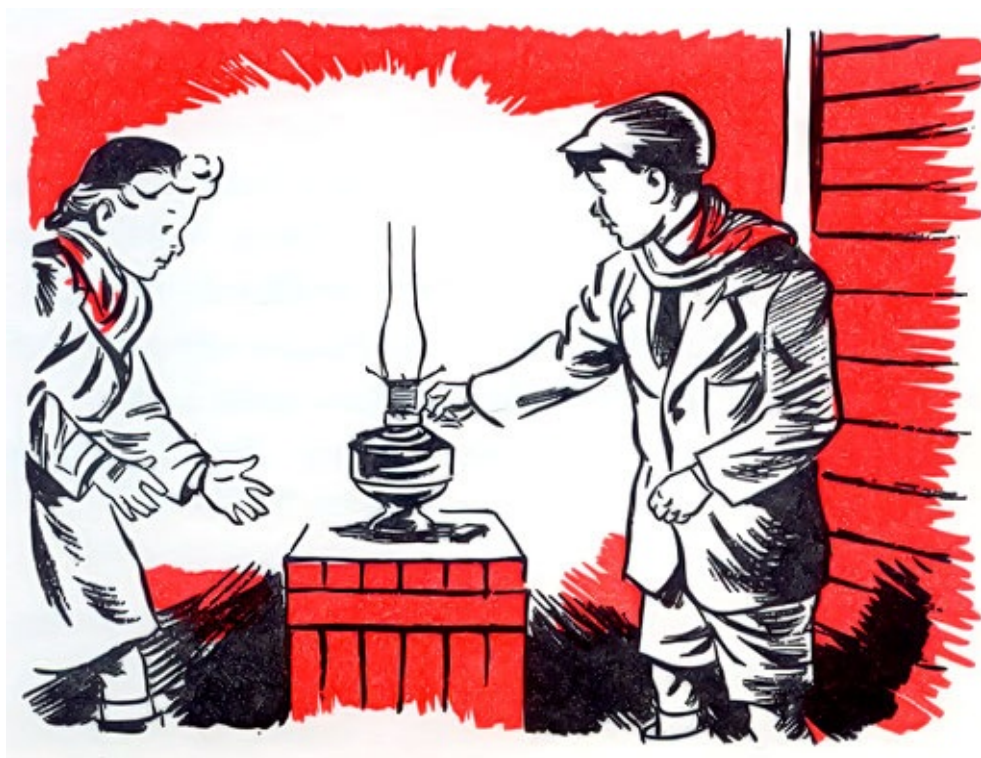
—No, tú no puedes venir... ¡Bueno, mujer, no te enfades: ven! Pero ni una palabra a nadie, a menos que yo te autorice.

—¡Claro si yo fuera una charlatana! —refunfuñó Janet—. ¡Mamá, mamá! ¿Dónde estás? ¡Peter y yo nos vamos un momento al cobertizo! ¡Colín quiere vernos! ¡Tiene que decirnos algo muy importante!

—Algún asunto de los «Siete Secretos», ¿verdad? Podéis ir. ¡Pero no os olvidéis de poner los abrigos! Cuando anochezca hará frío en el jardín.

Se pusieron los abrigos y bajaron al cobertizo a toda prisa. *Scamper* les seguía pisándoles los talones y saltando alegremente. Peter abrió la puerta del cobertizo y encendió una lamparilla de aceite que su madre le había dado hacía unos días. Una vez encendida, la colocó cuidadosamente sobre un cajón.

Los dos hermanos esperaron con paciencia la llegada de Colín. En vano trataron de deducir qué podría ser lo que había emocionado tan profundamente a su amigo. Pero se decían que algo importante tenía que ser, para que Colín quisiera convocar una reunión. Todos los miembros del club tenían derecho a convocar reuniones, aunque por regla general era Peter quien lo hacía.



¡Riiing! ¡Riiing!: el timbre de la bicicleta. ¡Clic!

La puerta del jardín que se abre. Luego se oyen pasos: es Colín que se acerca presuroso al cobertizo, llevando consigo su bicicleta. Unos golpecitos en la puerta y...

—¡«Pequeño Willie»!

Peter le abrió.

—¿Qué pasa? Siéntate y cuenta.

—Empezaré por el principio —dijo Colin, sofocado por la carrera y la emoción

—. Ya sabéis que mi abuela vive cerca de mi casa, a la vuelta de la esquina.

—Sí —contestaron al mismo tiempo Peter y Janet.

—Pues bien, mi abuela está fuera, pero vuelve mañana, y mi madre me ha enviado a su casa con unos huevos recién puestos por nuestras gallinas. Yo tenía que dejárselos a Greta, la sirvienta austríaca. Así, mi abuela podría tomárselos pasados por agua mañana, cuando llegase. Se pirra por los huevos frescos pasados por agua.

Hizo una pausa para pasarse el pañuelo por la cara cubierta de sudor. Peter le apremió:

—Bueno, a ver si entras en materia de una vez.

—Pues veréis. Cogí los huevos, corrí calle arriba y doblé la esquina. Como de costumbre, había una luz encendida en la puerta principal: pero no entré por ella, sino por la parte de atrás, que es lo que hago siempre. Así ahorro a Greta el trabajo de venir a abrirme. Entré y llegué a la puerta de la cocina. La encontré cerrada, pero no con llave.

Scamper lanzó un ladrido y los tres niños dieron un salto.

—No es nada de particular —dijo Janet—. Es que ha pasado una rata y *Scamper* la ha visto. Continúa, Colín.

—Pues entré y vi que Greta no estaba en la cocina. Entonces pasé a la salita, y al ver que había luz en ella, me dije que tal vez había regresado un día antes mi abuelita. Empujé la puerta y me quedé estupefacto: todo estaba en desorden.

—¿En desorden? —exclamó Peter en el colmo de la emoción.

—Sí, todo estaba revuelto: el armario abierto de par en par; los cajones en el suelo y su contenido desparramado a su alrededor. La caja de caudales había sido forzada. Como está detrás de un espejo, tuvieron que apartarlo para poder emprenderla con la caja.

—¡Oh Colín! —exclamó Janet—. ¡Todo eso es horrible!

—¿Dónde estaba Greta? —preguntó Peter—. Estoy seguro de que eso no ha sido obra suya.

—¡Claro que no! —exclamó Colín—. De pronto oí una voz quejumbrosa y corrí hacia el recibidor. Los lamentos salían de la cocina. Volví atrás y entonces comprobé que de donde salían era de la despensa. La abrí y vi que allí estaba la pobre Greta.

—¿Y qué hiciste entonces? —preguntó Peter, temblando de emoción.

—Telefonar a la policía. ¡Qué importante me sentí mientras telefoneaba! Pronto llegaron dos agentes. Pero antes habían llegado mis padres, a quienes también había telefoneado.

—Lo que no comprendo —dijo Peter— es que quieras que tengamos una reunión. Nosotros no podemos hacer nada en este asunto.

—Escuchad —dijo Colín—. He oído lo que Greta ha contado a la policía. Los ladrones eran tres. Dos de ellos, según la descripción de Greta, son exactamente iguales que dos de los que vimos en la choza de Burton: sus rasgos coinciden con los que anotó Jack en su agenda. Greta no ha visto al tercero, pero estoy seguro de que es

el que nosotros vimos en compañía de los otros dos. No me cabe duda de que cuando los sorprendimos, estaban planeando el robo.

—¡Tienes razón, Colín! —exclamó Peter—. Hemos de reunirnos. La reunión será mañana por la tarde, a las cuatro y cuarto en punto, a la salida del colegio. ¡Qué asunto tan emocionante!

Nueva reunión

El martes pareció a los «Siete Secretos» un día interminable. Estaban deseando que acabaran las clases de la tarde para dirigirse al cobertizo a toda prisa y oír las noticias que Colín les tenía que dar. Por la mañana, Colín tuvo que salir del colegio para contestar a un interrogatorio de la policía.

—¡Qué orgulloso debe de sentirse! —dijo Jack a Peter cuando Colín salió de la clase—. Estoy deseando que llegue la hora de la reunión. ¿Y tú?

Esta hora llegó por fin. Todos acudieron al cobertizo con gran puntualidad. Sólo Jack se retrasó un poco. Llegó corriendo y jadeando.

—«Pequeño Willie» —dijo casi sin respiración—. Siento haber llegado tarde, pero la culpa no ha sido mía, sino de Sussy. Quería saber lo que pasaba, y como no he querido decírselo, ha escondido mi bicicleta y la suya. He tenido que venir corriendo.

—Siéntate —dijo Peter. Y añadió dirigiéndose a Colín—: Ya puedes empezar.

Colín repitió todo lo que ya sabemos. Sentía que hubiesen desvalijado a su abuela, pero estaba orgulloso de haber sido él el descubridor del robo y el que había avisado a la policía.

—Un detalle importante —dijo Peter cuando Colín hubo terminado— es que Greta vio a dos de los ladrones, pero no al tercero. ¿Has traído tu agenda, Jack? En ella está la descripción del tercer hombre.

Jack buscó en sus bolsillos la agenda. Su cara resplandecía de satisfacción.

—¡Y pensar que tomé estas notas sin creer que pudieran ser útiles, sólo porque llevaba la agenda en el bolsillo! Aquí están las notas. Dime, Colín: ¿cómo ha descrito Greta a los dos hombres que ha visto?

—Ha dicho que uno de ellos es bajo y moreno y tiene la nariz carcomida y los dientes cariados.

—Bien, esto coincide con las notas que tomé sobre uno de ellos —dijo Jack—. Yo anoté: «Bajo, moreno, nariz carcomida». En el detalle de los dientes cariados no me fijé.

—El hecho de que los dos tengan la nariz carcomida —dijo Colín— basta para demostrar que son una misma persona. Según Greta, otro es delgado y tiene las orejas desplegadas hacia fuera. También dijo que le parecía que era cojo, pero que no estaba muy segura de ello.

—En efecto —aprobó Jack, después de consultar de nuevo su agenda—. Según mis notas, uno de aquellos tipos es delgado y cojea. No cabe duda de que éste es el segundo ladrón que vio Greta. ¿Dices que no vio al tercero?

—No, no lo pudo ver. Irrumpieron los tres a la vez en la cocina, pero ella sólo vio a los dos que iban delante, porque éstos tapaban al otro. Los dos primeros se abalanzaron sobre la pobre Greta, la echaron al suelo y la pusieron boca abajo. Entonces el tercer ladrón le ató las manos. Luego la llevaron a rastras a la despensa y cerraron la puerta. No le hicieron ningún daño, pero la infeliz estaba muerta de

miedo.

—¡Cómo se alegraría al verte! —exclamó Janet.

—No os lo podéis imaginar. Le desaté las manos, y entonces ella me echó los brazos al cuello, me apretó con todas sus fuerzas y me dijo mil cosas que no entendí, porque hablaba en alemán... Luego se sentó, mejor dicho, se dejó caer en una silla, que por desgracia era la misma en que yo había dejado el paquete de huevos.

Todos se echaron a reír estrepitosamente. Pero en seguida se pusieron serios.

—Hemos hecho mal en reírnos —dijo Janet—. Estamos hablando de una cosa muy seria. Pero cuando me he imaginado a la pobre Greta sentada sobre los huevos, no he podido contenerme.

—Incluso ella se echó a reír cuando se dio cuenta —dijo Colín—. Se reía y lloraba a la vez. ¡Oh, qué momentos tan emocionantes he pasado asistiendo a Greta, telefoneando a la policía y a mis padres y esperando a que llegaran! Me ha parecido un sueño.

—Lo creo —dijo Peter—. ¿Has dicho a la policía que nosotros vimos a tres hombres que podían ser los ladrones?

—Sí —repuso Colin—, pero me callé que Jack había tomado notas sobre ellos. Pensé que tal vez querría decirlo él mismo. A mi entender, estas notas son un punto clave para poder seguir la pista de los ladrones.

—Has sido muy amable —dijo Jack—. Iremos juntos a la comisaría ahora mismo y enseñaremos mis notas a la policía. ¿Qué te parece?

—Es lo mejor que podéis hacer —contestó Peter—. Se alegrarán al ver que tenemos la descripción de los tres hombres; mejor dicho, que la tienes tú. Fue un acierto que tomaras esas notas, Jack. Hay cosas de las que nunca se puede decir que sean inútiles.

—Opino que lo mejor es que vayamos ahora mismo —dijo Jack, levantándose con un gesto de hombre importante—. Vamos, Colín.

—Gracias por haberme permitido convocar la reunión, Peter —dijo Colín—. Creo que deberíamos volver a reunirnos cuanto antes. Así podríamos contaros el efecto que haya producido en la comisaría nuestra descripción del tercer hombre.

—Es verdad —admitió Peter—. Nos volveremos a reunir mañana a esta misma hora. Procuraré que mi madre nos dé algo para merendar. Hasta mañana, pues, Jack y Colin.

En este momento *Scamper* empezó a ladrar desesperadamente. A continuación se oyó un fuerte golpe en la puerta. Todos se sobresaltaron.

—¡Abrid en nombre de la ley! —anunció una voz profunda y extraña.

—¡La policía! —exclamó Colin, apresurándose a abrir la puerta.

Pero no había nadie. Los Siete dirigieron una mirada llena de temor a través del jardín envuelto en las penumbras del anochecer. *Scamper* echó a correr ladrando y se detuvo junto a unas matas. Peter le siguió y encendió su linterna. De pronto, se oyó una alegre carcajada.

—¡Sussy! —Gritaron los siete niños a la vez.

—¡Hola, Peter! —dijo aquel demonio de Sussy.

—He venido a traer la «bici» de Jack para que no tenga que volver a casa a pie.

Creo que me lo agradecerá.

Jack profirió un grito de amenaza, pero su hermana había desaparecido ya en la oscuridad.

¿Habría oído algo de lo que habían dicho?

¡Qué criatura tan insoportable!

Las «Tres Pesadas»

Colin y Jack se dirigieron a la comisaría en bicicleta. Jack llevaba en el bolsillo su preciosa agenda. Allí estaba el sargento, un hombre simpático por demás, que ya había hablado con Colin dos veces: la primera cuando fue a casa de su abuela a raíz de la llamada telefónica del niño, y la segunda aquella misma mañana, cuando habían hecho salir a Colin del colegio para interrogarlo.

—¡Hola, Colin! —exclamó amablemente el sargento—. ¿Tienes algún otro robo que denunciar?

—No, señor. Venimos porque mi amigo Jack tiene las señas personales del tercer ladrón, o sea del hombre que Greta no pudo ver.

—¡Qué suerte! —dijo el sargento, abriendo el libro de declaraciones—. Tenemos la descripción detallada de dos de los hombres, pero nos falta la del tercero, porque Greta no lo vio, como acabáis de decir. ¿De dónde has sacado la descripción de este tercer hombre? Dijiste que no habías visto a nadie en la casa.

—Verá usted —explicó Colín—. El sábado pasado fuimos al bosque y nos acercamos a la choza de Burton. Dentro había tres hombres. La grosería con que nos trataron nos hizo sospechar que estarían planeando alguna fechoría. Por eso Jack tomó algunas notas sobre su aspecto. Jack, enseña al sargento tus notas.



Jack entregó su agenda al sargento, que ojeó las notas rápidamente. Cuando leyó que uno era alto y grueso, tenía bigote y el pelo rojo y llevaba la cabeza descubierta, lanzó un silbido. Dejó el cuaderno de notas en la mesa y se quedó mirando a Jack.

—¡Buen trabajo, amigo! ¡Hay que ver lo listos que sois los niños en estos tiempos! Tu descripción es estupenda. Ya sé quién es ese sujeto. Lo único que hay que averiguar es dónde se esconde. No conseguíamos saber quién era ese misterioso tercero. ¿Te fijaste en cómo iba vestido?

—No —repuso Jack, después de reflexionar un momento—. Los tres iban sucios y andrajosos, pero no me fijé en ningún detalle de sus ropas. ¿Te fijaste tú, Colin?

—Me parece que llevaban gabán —indicó Colin, pensativo—, pero no podría decir cómo eran estos abrigos. Dos de ellos llevaban sombrero o gorra y el otro iba

descubierto. Este último era el pelirrojo. Todos nos fijamos en el color de su pelo.

—Nos habéis prestado una gran ayuda —dijo el sargento, devolviendo la agenda a Jack—. Esos malhechores deben de estar ahora a varios kilómetros de aquí. Sin embargo, tened los ojos muy abiertos, tanto vosotros como vuestros cinco compañeros.

—Así lo haremos, señor —dijeron los chicos.

Seguidamente, se despidieron del sargento y salieron de la comisaría, satisfechos y orgullosos de haber prestado un buen servicio.

—Lo contaremos todo a los demás en la reunión de mañana por la tarde —dijo Jack—. Ahora he de regresar a mi casa a toda prisa. Tengo una montaña de deberes esperándome... ¡Ah, cuando pille a mi hermanita!... ¡Hacernos creer que era un policía para que le abriésemos la puerta del cobertizo!... Seguramente ya no volverá a molestarnos. Han venido a casa dos amigas tuyas, a cuya madre han tenido que llevar a una clínica. Sussy estará tan ocupada con ellas, que no tendrá tiempo para fastidiarnos a nosotros.

—¡Es una suerte! —exclamó Colín, que no podía ver a aquel temible diablillo—. Sussy no debe meter las narices en esto.

Se separaron y cada uno se fue por su lado.

Tan pronto como llegó a su casa, Jack fue en busca de Sussy para ajustarle las cuentas por haber interrumpido la sesión del «Siete Secretos».

—Oye, Sussy, ¿es que te has propuesto...? Perdona, creí que eras Sussy.

—Pues ya ves que no. Soy Doris —aclaró la niña a la que Jack había tomado por Sussy—. Y ésta es mi hermana Hilda. Estaremos en vuestra casa unos días. Tu madre ha tenido la amabilidad de invitarnos. Procuraremos no molestar.

Jack miró a Doris y a Hilda, y le pareció que sonreían burlescamente. No le hizo ninguna gracia tener en casa a tres niñas revoltosas que siempre listarían fastidiándole con sus bromas y que hablarían de él a sus espaldas, dándose codazos. Si una no se podía sufrir, ¿qué serían tres?

—¡Abrid en nombre de la ley! —dijo a sus espaldas una voz que, naturalmente, era la de Sussy—. ¡Oh, Jack! ¿Cómo has podido creer que yo...?

—Lo que has hecho ha sido una estupidez —censuró Jack—. ¡Interrumpir nuestra reunión!... Estoy avergonzado de ti.

—Hilda, Doris y yo —anunció Sussy— vamos a formar un pequeño club. Se llamará el «Club de las Tres Pesadas».

—Me parece un nombre muy adecuado —comentó Jack—. Pero os agradeceré que no utilicéis vuestra pesadez con nosotros y que no vengáis a molestarnos cuando estemos reunidos.

—¡El gran «Siete Secretos»! —exclamó Sussy, burlesca. Y añadió, dirigiéndose a las retozonas Hilda y Doris—: No os podéis figurar lo sosas y estúpidas que son sus reuniones. Contraseñas, insignias... Y no admiten a nadie. Se creen que sólo ellos pueden tener un club. ¡Mucho ojo, Jack!: las «Tres Pesadas» pueden ir a reunirse con

vosotros cuando menos lo esperéis.

—¡Eso! —añadió Doris—. ¡Hagamos una visita al cobertizo! Mi hermano y su club lo hicieron a otro club y se apoderaron de la mar de cosas. Se llevaron...

—Si os atrevéis a meteros con nosotros, os arrancaré el pelo a las tres —gritó Jack, fuera de sí. Y salió de la habitación dando fuertes taconazos.

—¡Qué hermano tan arisco tienes! —Oyó decir a Hilda.

Estuvo a punto de volver para darle un tirón de pelo, pero se fue a su habitación y se sentó ante su mesa con el ceño fruncido.

«¡Bah! —pensó—. No me importan sus risas ni sus bromas. Los “Siete Secretos” colaboran con la policía. En cambio, las “Tres Pesadas” ¿qué cosa buena pueden hacer? Tendré que advertir a mis compañeros de los planes de Sussy y sus dos amiguitas...».

Sacó los deberes de la cartera y puso fin a sus reflexiones de este modo:

«Por suerte, tenemos a *Scamper*, que ladra cuando alguien se acerca al cobertizo... ¡Señor, qué hermanita tengo!».

Un muñeco maravilloso

Peter preguntó a su madre si al día siguiente, el miércoles, podía invitar a sus compañeros a merendar.

—Tenemos mucho que hablar y planear, mamá. Primero sobre la hoguera, y después sobre el robo en casa de la abuela de Colín. Como nosotros hemos visto a los tres ladrones...

—Nosotros mismos prepararemos la merienda —dijo Janet—. Tú no tendrás que hacer nada. Además, te prometo que no dejaremos de hacer los deberes.

—Bien, hijitos; podéis contar con esa merienda. Os prepararé unas rebandas de pan con mantequilla y os haré algunos bizcochos. Comprad unos bollos en la panadería; no tendré tiempo de hacerlos pastelillos. ¿Qué preferís: té o limonada?

—Limonada —repuso Peter—. Y si puede ser naranjada, mejor: hay que variar. Nosotros mismos llevaremos las cosas al cobertizo, y cuando terminemos, lo fregaremos todo. ¡Qué buena eres con nuestro club, mamá!

—¿Sabes por qué? Te lo voy a decir. Estoy muy satisfecha de tener un hijo tan razonable y una hija que en esto no tiene que envidiar a su hermano.

Y la buena señora se echó a reír.



Todos acudieron puntualmente a la reunión.

Sus ojos centellearon cuando vieron el festín que les esperaba.

—Me alegro de no haber comido mucho hoy —dijo Colín, echando una ojeada al pan con mantequilla, a los bollos con mermelada y al apetitoso plato de bizcochos caseros.

Mientras charlaban, saborearon la merienda.

Scamper roía alegremente un gran hueso. Jack refirió lo del «Club de las Tres Pesadas». Peter refunfuñó:

—Esa estúpida de Sussy ya nos está preparando otra broma de mal gusto. Estoy de ella hasta la coronilla.

—A mí no me importa que vengan cuando estemos aquí —comentó Janet—,

porque la puerta estará cerrada. Y si vienen cuando no estemos, se la encontrarán cerrada igualmente. No creo a Sussy capaz de romper la ventana para entrar.

—¿Cómo va el muñeco? —preguntó Jack.

—Ya os lo enseñaremos cuando empiece la asamblea —respondió Janet—. Tenemos magníficas ropas para vestirlo. El padre de Pamela ha sido muy amable con nuestro club. Cuando se enteró de que estábamos haciendo un muñeco, registró su guardarropa y nos mandó un traje viejo.

—Como mi padre es alto y grueso —dijo Pamela—, el traje sentará bien al muñeco.

—Y el padre de Jorge nos ha dado un gorro estupendo —añadió Janet—. Tu padre debe de tener la cabeza muy grande, Jorge, porque el gorro es enorme.

—Sí —repuso Jorge en un tono de orgullo—, tiene una buena cabeza: por eso es tan inteligente.

—Mi padre —dijo Peter— nos ha dado unas botas de goma viejas que utilizaba para ir por el campo. Son unas señoras botas. Quizá resulten demasiado grandes, incluso para las rollizas piernas del muñeco.

—Lo vestiremos después de la reunión —anunció Janet—. Está esperándonos detrás del cobertizo. Sin duda no le gusta ir desnudo. También hemos de pensar en una careta.

—Iré a comprarla cuando terminemos de merendar —dijo Colín—. No me gustan los muñecos sin cara: me parecen horribles. En cambio, a *Scamper* no creo que le guste la careta.

—Ahora una pregunta —dijo Peter—. ¿Os habéis acordado de traer algo para los fuegos artificiales?

—Sí —respondieron todos.

Peter sonrió satisfecho. No cabía duda de que su club era uno de los mejores del mundo. Incluso *Scamper* se portaba siempre bien.

Cuando terminaron de merendar, recogieron los platos y los vasos y en seguida se abrió la sesión. Peter fue recibiendo y contando el dinero que le entregaban.

—¡Ya tenemos veintiún chelines! —exclamó—. No nos podemos quejar. Y aún nos queda tiempo para recoger más... Tampoco debemos olvidar que nuestra hoguera ha de ser enorme.

—Si os parece —propuso Jorge—, recogeremos más leña el sábado por la mañana. Ahora debemos dedicarnos a vestir al muñeco.

Sacaron el grueso y deforme corpachón de su funda impermeable y lo sentaron en una caja.

Scamper empezó a gruñir. Aquello no le hacía ninguna gracia. Entre risas, se dedicaron a vestir al muñeco, cosa que, por cierto, no era nada fácil.



—Este gordinflón no quiere ayudarnos —dijo Jack, jadeante, mientras intentaba introducir unos enormes pantalones en las gruesas piernas.

—Ha sido una suerte que el padre de Pamela sea tan grandote —comentó Bárbara—. Nuestro muñeco es mayor de lo que parecía.

—Yo creo que si le pusiéramos unos tirantes...

—No hace falta —dijo Janet—: podemos sujetar los pantalones a las piernas con imperdibles. ¿Veis? Al fin, lleva pantalones. Ya casi parece una persona.

—Ahora hay que ponerle la americana —indicó Jack, desplegando una muy vieja y que no hacía juego con los pantalones.

—Esta americana —dijo Pamela— la llevaba mi padre cuando enyesó y pintó la cocina de casa. Para mi madre ha sido una alegría verse libre de ella. ¡Qué bonitos son estos botones! Tienen un color entre amarillo y castaño. Son incluso demasiado bonitos para una figura tan ridícula.

—Estos pantalones le sientan muy bien —dijo Peter mientras los abrochaba. Y preguntó al muñeco—: ¿Está usted más abrigadito así, caballero? Colín, ¿no has dicho que irías a comprar una careta antes de que cerraran las tiendas?

—Sí, ahora mismo voy —contestó Colín, dirigiéndose a la puerta—. No tardaré.

Los demás empezaron a bregar para poner las botas al rollizo muñeco. No fue cosa fácil.

—¡Qué testarudo es este fante! —exclamó Jack—. Debe de querer ir descalzo... Bueno, al fin hemos conseguido ponerle una de las botas... ¡No gruñas más, *Scamper*! ¡Parece mentira que no te guste un muñeco tan hermoso!

De pronto, *Scamper* se enfureció y corrió hacia la puerta.

—¡Sussy! ¡Las «Tres Pesadas»! —Dijeron todos.

Pero se equivocaron: era Colín, que regresaba con la careta. Estaba muy agitado. Mostró un periódico de la noche.

—Hay noticias de los ladrones que entraron en casa de mi abuela. Han detenido a dos de ellos. Lo dice este periódico. Dejad un momento el muñeco y escuchad.

—Cierra la puerta —le dijo Peter, temiendo que Sussy estuviera al acecho.

Colín dio un portazo, se sentó en un cajón y desplegó el periódico.

—Está en las últimas noticias... Ya lo tengo. Silencio; voy a leer.

Una fechoría de las «Tres Pesadas»

—Empieza de una vez —dijo Janet, impaciente. Y Colín leyó:

«Hemos tenido noticia de que esta tarde han sido capturados dos de los tres ladrones que el lunes robaron en casa de la señora Strangeway. Por lo visto, estos tres sujetos no habían salido aún del distrito. El tercer ladrón logró huir. La policía tiene sus señas. Es grueso y alto, lleva bigote y tiene el pelo rojo. Se ruega a todo el que haya visto a un hombre de estas características, que se ponga en contacto con la policía. Los objetos robados no se han recuperado aún».

—¿De modo que ya han capturado a dos de los hombres? —comentó Peter cuando Colin acabó de leer—. ¡Qué lástima que el otro consiguiera huir!

—Sin duda, éste se llevó lo robado —dijo Colin, pensativo—. Mi pobre abuela está desesperada, como os podéis figurar. Se puso tan enferma, que mi madre tuvo que llamar al médico. ¡Si al menos pudiera recobrar los objetos más valiosos: las copas de plata que había ganado mi abuelo en pruebas deportivas, las joyas que pertenecen a la familia desde hace varias generaciones! Yo habría preferido ver recuperado el botín que detenidos a esos dos hombres.



—Probablemente, estos dos detenidos acabarán por decir dónde escondieron lo robado.

—Desde luego —repuso Peter—. Pero el ladrón que está en libertad lo trasladará todo a otro escondite, temiendo, precisamente, que sus compinches acabarán por cantar. Así podrá esperar a que el asunto se olvide y todo será para él.

—Lo mismo opino yo —dijo Colín, dejando el periódico—. Lo que me extraña es que continuaran aquí. Lo lógico habría sido que se hubieran marchado en seguida lo más lejos posible.

—Yo creo —opinó Jack— que el que no han detenido habrá puesto un centenar de kilómetros entre él y la policía.

—Si no lo ha hecho —añadió Colin—, le será difícil ir por la calle a la luz del día. Se puede haber afeitado el bigote, pero no le será posible ocultar su gordura ni su pelo rojo.

Bárbara replicó:

—Sí que puede ocultar su pelo. Le bastará teñírsele o ponerse el sombrero.

—Volvamos al muñeco —dijo Janet—. ¿Qué te parece, Colin?

Entre Janet y Pamela colocaron ante Colin la gran figura. Tenía un aspecto francamente grotesco con sus grandes pantalones sujetos con imperdibles, su enorme, vieja y sucia americana y sus formidables botas de goma. *Scamper* empezó a ladrar de nuevo.

—No lo puede tragar —comentó Pamela—. ¿Has traído la careta, Colín?

—¡Ah, sí! Toma. Pónsela y luego le pondremos el gorro.

Colín encajó con todo cuidado la gran careta en la parte delantera de la cabeza del muñeco. Todos se echaron a reír. Ahora que tenía cara, parecía un hombre de veras.

—¡Es curioso! —exclamó Janet—. Has comprado una careta con bigotes rojos como los del ladrón que consiguió huir. Señor fantoche: ¿está usted seguro de que no es el tercer ladrón?

El muñeco les miraba sin pestañear. *Scamper* gruñó de nuevo. Decididamente, la extraña figura no era de su agrado.

—Quítale la careta, aplástale un poco la cara y vuévesela a poner —dijo Jorge—. Le sentará mejor. Ahora la barbilla le roza el pecho.

La cabeza recibió una lluvia de puñetazos, y con ello mejoró mucho su forma. *Scamper* lanzó una nueva salva de furiosos ladridos cuando la careta volvió a estar en su sitio.

—Ahora el gorro —añadió Jorge. Y se lo encasquetó al muñeco, un poco ladeado, para darle un aspecto garboso y pinturero. Los siete miembros del club se echaron a reír de buena gana. Con su gorro, la figura resultaba graciosísima.

—¿Cómo está usted, caballero? —le preguntó Jack, estrechándole la mano—. Ya verá lo calentito que estará en la hoguera la próxima semana.

—No tiene aspecto de estar muy cómodo sentado en este cajón: como pesa tanto, apenas puede mantenerse derecho. ¿No podríamos proporcionarle algún asiento mejor que el que ahora tiene? Una silla vieja o algo así. Si está bien sentado, se sostendrá mejor en lo alto de la hoguera.

—Me parece que hay un sillón viejo en el establo —dijo Peter—. Ya no se usa. Vamos a buscarlo.

Todos salieron en tropel, seguidos por *Scamper*, dejando al muñeco medio echado sobre el cajón.

—Dentro de unos minutos estaremos de vuelta, caballero —dijo Colin cortésmente, provocando las risas de todos sus compañeros.

Se dirigieron al establo, y allí vieron que, en efecto, amontonado con otros trastos en un rincón, estaba el sillón en desuso. Su asiento de rejilla había desaparecido casi por completo, y también parte del respaldo, pero conservaba los dos brazos.

—No necesitamos más —observó Peter, satisfecho—. Será fácil reparar el asiento con un trozo de madera. Ayúdame, Colin.

Se dirigieron al cobertizo con el sillón. Peter alumbraba el camino con su linterna. Cuando llegaron cerca del cobertizo se detuvieron en seco.

La linterna de Peter había proyectado su luz sobre algo que estaba apoyado en la pared del cobertizo, al lado de la puerta que se había dejado abierta. ¿Qué o quién sería aquello?

—Pa... pa... parece nuestro muñeco —tartamudeó Janet, a la que el miedo hacía tartamudear—. Ha salido del cobertizo y se ha quedado ahí de pie. ¡Míralo, Peter!

En efecto, allí, apoyado en la pared, estaba el muñeco. Permanecía inmóvil con su careta que parecía un rostro humano. Todos estaban sobrecogidos.

De pronto se oyó una risita ahogada.



—¡Sussy y sus amigas! —exclamó Jack fuera de sí—. ¿Por qué habéis tocado nuestro muñeco? ¡Os voy a dar una paliza a las tres! ¡Ya veréis cuando os coja!

Acto seguido, oyeron risas y pasos que se alejaban a todo correr.

Las «Tres Pesadas» habían hecho su primera visita al cobertizo y habían logrado huir.

—¡Mirad! —señaló Peter—. ¡Lo han colgado de un clavo por la nuca!

—¡Qué susto me he llevado! —confesó Janet—. Me ha parecido una persona de

carne y hueso, al verlo tan tieso, apoyado en la pared, a la luz de la linterna. ¡Habernos dejado la puerta abierta! ¡Ha sido una locura!

—¡Me las pagarán cuando llegue a casa! —aseguró Jack, indignado—. ¡Se acordarán de mí esas mocosas!... Bueno, entremos al muñeco al cobertizo. Venga conmigo, señor fantoche. Siento que le hayan gastado una broma tan pesada.

Jack también sabe ponerse pesado

A pesar de su brevedad, la visita de las «Tres Pesadas» al cobertizo había puesto fuera de sí a los «Siete Secretos».

—¡Qué idiotas fuimos! —se lamentó Peter—. ¡Dejarnos abierta la puerta del cobertizo! Por cierto que *Scamper* ni ladró ni gruñó, como hace siempre que se acerca alguien que no es de nuestro club.

—Debieron de llegar cuando nos fuimos a buscar el sillón —comentó Colín—. La suerte las acompañó. Por lo que más quieras, Peter, no dejes de cerrar la puerta cada vez que salgas del cobertizo. En su próxima visita, las «Tres Pesadas» nos robarán el muñeco y lo quemarán. ¿Sabes si preparan alguna hoguera, Jack?

—No. ¿Crees que me cuentan sus cosas? Doris e Hilda no tienen nada que envidiar a Sussy. Se burlan de todo y siempre se están riendo. A mí me parece que dispararán cohetes y encenderán una hoguera, pero no creo que tengan ningún muñeco.

Después de reparar el asiento del sillón con un trozo de madera, sentaron al muñeco. Así sentado, con sus brazos en los del sillón, parecía dispuesto a fumarse una pipa o a leer un periódico.

—¡Es un muñeco estupendo! —exclamó Bárbara—. ¡Nunca he visto nada igual! ¡Qué rollizo y hermosote está!... Podríamos buscarle una pipa. Ya veríamos cómo se la sujetábamos a la boca.

—Ya es tarde —anunció Jorge echando una mirada a su reloj—. He de marcharme para estudiar las lecciones de mañana. Ha sido una reunión muy agradable a pesar de la visita de esas tres pelmas. No te olvides de dar las gracias a tu madre, Peter: la merienda ha sido estupenda.

El grupo se dispersó. No era sólo Jorge el que tenía que estudiar y hacer deberes. Pronto quedó el cobertizo a oscuras, con la puerta bien cerrada y la llave en el bolsillo de Peter. El muñeco se quedó solo, sentado en el sillón.

Jack regresó a su casa en bicicleta. Estaba furioso. Sussy era francamente insoportable. ¡Qué hermanita le había dado Dios! Fue a guardar la bicicleta y entonces advirtió que del pabellón del jardín salía una luz débil. ¿Quién estaría allí? Se acercó en silencio, deslizándose furtivamente para espiar. Oyó voces apagadas y las reconoció en el acto: eran las voces de Sussy y de sus dos amigas. O sea que las «Tres Pesadas» estaban celebrando una reunión.

Se detuvo junto a una de las ventanas del pabellón, y se dijo que tenían un local de reuniones muy frío... Sonrió interiormente. ¡Ah, cómo iba a cobrarse la jugarreta que Sussy les acababa de hacer!

Oyó la voz de su hermana que decía:

—No debemos consentir que los «Siete Secretos» nos apabullen con su muñeco. Además, recogerán tanto dinero que podrán comprar los fuegos artificiales por toneladas y encender la mayor hoguera de la comarca. No me importaría si nos

hubiesen dejado intervenir, pero son tan egoístas, que lo quieren todo sólo para ellos.



—Podríamos hacer otra visita al cobertizo —propuso una voz que a Jack le pareció la de Hilda—. ¿Dónde encenderán la hoguera?

—No lo sé, pero puedo enterarme. Se lo preguntaré amablemente a Jack y me lo dirá.

A esto siguieron risas y rumores que Jack no pudo entender. Estaba indignadísimo. ¡Pretendían destruir la hoguera de los «Siete Secretos»!... ¡Qué desvergonzadas!...

—Es una lástima que tengamos tan poco dinero para comprar fuegos artificiales —se lamentó Doris—. ¡Son tan caros! Y tampoco tenemos muñeco.

—¿Qué adelantaremos con tener un muñeco? ¿Acaso tenemos hoguera para quemarlo? —replicó Sussy—. ¿Os habéis fijado en lo bien que han vestido los «Siete Secretos» a su muñeco? Me gustaría tener uno igual.

Siguieron hablando, pero Jack no pudo oír nada más. Sin duda habían acercado las cabezas para hacer sus planes en voz baja. ¿Qué planes serían éstos? Aunque confusamente, Jack presentía algo malo. ¿Qué se proponían aquellas tres temibles criaturas? Desde luego, él no les diría dónde pensaban encender la hoguera. Si algo les decía sobre este particular, sería una mentira que las alejase del sitio donde la hoguera ardería realmente. Jack tuvo una sonrisita maliciosa. Las «Tres Pesadas» iban a darse inútilmente una caminata agotadora. Se lo tenían bien merecido.

Luego pensó que podía dar un susto a Sussy y sus amigas para hacerles pagar la broma de aquella tarde. Abrió la boca y lanzó un largo rugido. Fue algo tan espantoso, que incluso él mismo se sobresaltó.

En el pabellón se hizo de súbito un profundo silencio. Luego se oyó la voz inquieta de Sussy.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso?

Jack rugió de nuevo y terminó con un alarido escalofriante. Las «Tres Pesadas» empezaron a gritar, muertas de miedo, salieron del pabellón atropellándose y atravesaron el jardín a todo correr. Jack entró en el pabellón y se dejó caer en una silla, sujetándose los costados, mientras la risa sacudía todo su cuerpo.

—¡Caramba! No sabía que Dios me había dado este arte para rugir. Ahora entraré tranquilamente en la casa y se creerán que llego en este momento de la reunión del «Siete Secretos».

Entró, pues, en la casa paso a paso, con las manos en los bolsillos y tarareando una cancioncilla. Las tres niñas se volvieron en seguida hacia él: aún estaban asustadas.

—Jack —le preguntó Sussy—, ¿has oído un rugido espantoso al entrar en el jardín?

—No he oído nada. Sin duda, lo que tanto os ha asustado ha sido el maullido de un gato o el ulular de un búho. ¡Qué calamidad de chicas! Un día oiréis el grito de una rata y os moriréis de miedo... Bueno, hablemos de otra cosa. Sin duda creeréis que habéis hecho una gracia sacando nuestro muñeco del cobertizo. Pues no ha sido una gracia, sino una estupidez.

—Vosotros sí que sois unos estúpidos —replicó Sussy sin vacilar—. Queréis vuestro muñeco para vosotros solos, sabiendo que nosotras no tenemos ninguno. Apostaría la cabeza a que tampoco nos queréis decir dónde vais a encender la hoguera, para que nos fastidiemos y no la podamos ver.

—¿Dónde la encenderéis, Jack? —preguntó Hilda en el tono más inocente.

—Bueno, os lo diré —repuso Jack—. ¿Conocéis el camino de Hayling Field, ese que sube por una empinada colina? Pues allí, en la cumbre, veréis la leña lista para prenderle fuego. ¡Pero mucho ojo con tocarla, cabezas de chorlito!

Jack salió de la habitación con toda parsimonia. Las tres confabuladas se miraron y sonrieron.

—¡Qué fácil ha sido! —exclamó Sussy—. Mañana iremos a la colina y esparciremos la leña.

Una cara en la ventana

Al día siguiente Jack se trasladó en bicicleta a casa de Peter y le explicó cómo se había vengado de las «Tres Pesadas». Peter sonrió.

—Ha sido una buena idea. Vamos ahora mismo a la colina. Reuniremos unas cuantas ramas y debajo pondremos una nota. ¿Sabes cuándo piensan ir ellas?

—Yo creo que irán esta tarde cuando salgan del colegio. Sólo Sussy tiene bicicleta; así que tendrán que subir a pie, y ya sabes lo fuerte que es la pendiente.

—Escribiré la nota —dijo Peter, cogiendo papel y lápiz. Garrapateó unas líneas, firmó y pasó la nota a Jack.

«*Podéis quedaros con toda la leña si queréis. Suponemos que la subida os habrá parecido deliciosa. ¡Ay, qué risa! Los Siete Secretos*».

Jack se echó a reír.



—Está muy bien. Se pondrán furiosas cuando vean que se han reventado subiendo a lo alto de la colina para nada. Pero oye: será conveniente que vigilemos la leña de nuestra hoguera. No me sorprendería que, al ver que las hemos engañado, volvieran, la buscasen y nos dejaran sin hoguera.

—Es verdad —asintió Peter—. Haremos guardia por turno junto a la leña... Hoy es jueves, ¿no? Bien, nos reuniremos esta tarde. Recogeré el dinero que traiga cada cual y propondré que dos de nosotros vayamos el sábado a comprar los fuegos artificiales. No hay que dejarlo para última hora, pues los mejores desaparecen en seguida. Vamos a ver: la Noche de las Hogueras es el domingo de la semana próxima. Así que debemos ir a comprar los cohetes, si no el sábado, el lunes lo más tarde.

—¿Por qué el sábado?

—Porque Colín no podrá venir, según dijo. Me rogó que lo dejáramos para otro día... Bueno, ahora cojamos las bicicletas y vayamos a la colina de Hayling. Hemos de darnos prisa para no llegar tarde al colegio. Recoge algunas ramas mientras voy por mi bicicleta.

Pronto Peter y Jack pedaleaban hacia Hayling briosamente, llevando en los

portapaquetes algunas ramas, a las que miraban de vez en cuando sonriendo.

La pendiente de Hayling Hill era muy viva. Jack y Peter tuvieron que bajar de sus bicicletas cerca de la cumbre y seguir a pie, tirando de ellas. Al fin llegaron. Rápidamente amontonaron unas cuantas ramas, como para hacer una pequeña hoguera, y Peter colocó debajo la nota de modo que asomara una punta.

—Esto encontrarán esas tres entrometidas después de reventarse subiendo... Bueno, vámonos. Afortunadamente, ahora vamos cuesta abajo.

Los «Siete Secretos» volvieron a reunirse en el cobertizo a las cinco y cuarto, cuando todos habían merendado ya. *Scamper*, loco de contento, correteaba sin cesar de un lado a otro. No comprendía por qué los «Siete Secretos» se reunían ahora con tanta frecuencia, pero se sentía feliz de estar con todos ellos.

Encendieron la lamparilla. El ambiente del cobertizo era cálido y acogedor. El muñeco estaba sentado en su sillón tranquilamente. Peter recogió las nuevas aportaciones de dinero. Contó el total.

—Veintinueve chelines y seis peniques. Esto va bien. Bueno, ¿quién me querrá acompañar a comprar los fuegos artificiales? Podríamos ir tres. Los demás que digan si quieren alguna clase especial de cohetes.

Se decidió que Jorge y Pamela fueran con Peter. Luego, Jack, con cara risueña, explicó cómo había espiado a las «Tres Pesadas», enterándose de sus propósitos de destruir los preparativos de la hoguera, a lo que él había respondido enviándolas a la cumbre de Hayling Hill.

—Allí hemos ido esta mañana Peter y yo, hemos formado un montoncito de ramas y hemos puesto debajo una nota de los «Siete Secretos». No me cabe duda de que las «Tres Pesadas» se habrán reventado esta tarde subiendo a la colina al salir del colegio.

—Estarán furiosas —comentó Janet—. Quiera Dios que no descubran nuestra verdadera hoguera.

—Por ahora no saben dónde está —repuso Jack—. Si lo averiguan y yo me entero, os lo diré en seguida, y entonces haremos guardia por turno.

De pronto, *Scamper* lanzó un gruñido y todos se sobresaltaron.

—¿Qué ocurre, *Scamper*? ¿Será que las «Tres Pesadas» han vuelto ya de la colina?

El perro volvió a gruñir mientras el pelo de su lomo se le erizaba. Se acercó a la puerta y escuchó atentamente.

De improviso, Pamela lanzó un grito que hizo saltar a todos en sus asientos. Janet se enfadó.

—¡No grites de ese modo! Eso es lo que quieren las «Tres Pesadas»: divertirse asustándonos. Pamela señaló temblando la pequeña ventana del cobertizo.

—Por ahí ha asomado una cara. La he visto.

—¡Sussy y sus amigas! —exclamó Jack, indignado—. Debimos correr la cortina. Todos se dirigieron a la puerta y la abrieron.



Scamper salió ladrando, olfateó a un lado y a otro y se quedó inmóvil, gruñendo.

—Se han ido —anunció Peter, después de proyectar la luz de su linterna en todas direcciones—. Seguramente han venido para vengarse, quitándonos el muñeco o haciéndonos alguna otra barrabasada de las suyas. ¡Silencio, *Scamper*! Aquí no hay nadie ya.

Todos entraron de nuevo en el cobertizo. Peter corrió la cortina de la ventana.

—Lo mejor será que demos por terminada la reunión. Nos volveremos a reunir el sábado por la mañana y entonces terminaremos de preparar la hoguera. Jack, dile a Sussy que la hemos visto fisgoneando. Y que si no ha sido ella, habrá sido alguna de sus amigas. Dile también que deseamos que hayan disfrutado en su largo paseo.

—Se lo diré —repuso Jack. Y se fue en su bicicleta.

Su asombro no fue para dicha cuando se encontró con Sussy, Hilda y Doris a la puerta del jardín de su casa. Las tres parecían extenuadas. A Doris le faltaba poco para echarse a llorar.

—¡Eres un bruto! —gritó Sussy a su hermano—. ¡Mandarnos a la cima de Hayling Hill! ¡Puedes estar orgulloso de tu hazaña! Doris se ha caído y se ha torcido un pie. No sé cómo ha podido llegar hasta aquí. ¡Eres un miserable!

—Así, ¿no habéis sido vosotras las que habéis mirado por la ventana del cobertizo? —preguntó Jack sin poder contenerse.

—No sé de qué me hablas —respondió Sussy—. Y te advierto que no estamos para bromas. Acabamos de llegar. Ahora tengo que atender a la pobre Doris.

Y entraron en el jardín, dejando a Jack sumido en un mar de confusiones y

arrepentido de su broma. Su intención no había sido que nadie se torciera un pie.
¿Quién habría mirado por la ventana?

Grave contratiempo

Jack telefoneó a Peter tan pronto como le fue posible.

—No han sido Sussy ni sus amigas las que han mirado esta tarde por la ventana del cobertizo. Regresaban de Hayling Hill cuando yo he llegado a casa. Doris apenas podía andar: se ha torcido un pie.

Peter lanzó un silbido.

—Entonces ¿quién será el que ha mirado?... Un momento. Ahora llega mi padre. Voy a preguntarle si ha sido él... Papá, ¿has mirado por la ventana del cobertizo esta tarde, cuando estábamos reunidos los «Siete Secretos»?

—No, hijo. Tal vez haya sido el jardinero. Hoy ha trabajado hasta muy tarde. Seguramente, ha visto luz dentro del cobertizo y ha mirado por la ventana para saber quién había allí.

—Esto habrá sido —dijo Peter. Y se lo explicó a Jack—. De todas formas —añadió—, el cobertizo está cerrado y nadie puede entrar. Hasta mañana, Jack.

Sussy estaba hecha una furia por la broma de su hermano.

—Se lo contaré todo a mamá —le amenazó—. Si vieras cómo tiene el pie la pobre Doris... Sólo pensáis en vosotros mismos. Sois unos egoístas. Descubriremos el sitio donde tenéis preparada la hoguera, y os aseguro que no la encenderéis. Además, procuraremos quitaros el muñeco para quemarlo nosotras.

—No podréis —repuso Jack—. El cobertizo está cerrado. Si la otra noche lo encontrasteis abierto, fue por casualidad. Sólo estuvo así unos minutos mientras íbamos a buscar el sillón para el muñeco. Palabra que siento que Doris se haya hecho daño en un pie... Y basta ya de explicaciones. Ahora déjame en paz.

Pero Sussy no quería dejarlo en paz. Jack tuvo que retirarse a su habitación. Estaba arrepentido de haber gastado a Sussy una broma tan pesada. Ésta le había dicho una vez que todo el mal que le hiciera se lo devolvería con creces, y hasta entonces había cumplido su palabra. Jack estaba seguro de que si Sussy descubría el lugar donde tenían preparada la hoguera, no la podrían encender.

Llegado el momento, Peter, Jorge y Pamela fueron a comprar los fuegos artificiales. Encontraron todos los que deseaban excepto unos que tenían el nombre de «cohetes lunares». —Los tendré mañana por la mañana —dijo la tendera—. Podéis venir entonces si os parece. También tendré de esos otros que se llaman «cógeme si puedes». Éstos son pequeños, se elevan un poco y luego bajan y empiezan a dar saltos por el suelo.

—Guárdeme algunos «cohetes lunares» —dijo Peter—. Tenemos recogidos veintinueve chelines y seis peniques y llevamos gastado una libra y seis peniques. Mañana vendremos por los «cohetes lunares». Son los que más nos gustan.

Dejó el dinero sobre el mostrador y cogió el paquete. Jorge y Pamela habían ayudado a Peter a escoger los cohetes y estaban muy satisfechos de la compra. Peter se guardó el dinero que le había sobrado.

—Nueve chelines —dijo—. Tan pronto como lleguemos a casa, anotaré lo que nos hemos gastado y dejaré el resto en la caja que tenemos en la estantería del cobertizo. Si alguien tiene más dinero, que lo traiga mañana por la mañana, cuando nos reunamos para recoger más leña. Esta tarde no habrá reunión.

Cuando llegó a su casa, entró en el cobertizo y guardó el dinero en la cajita. Entonces echó una mirada al muñeco y decidió pedir una pipa vieja a su padre.

«No nos hemos vuelto a acordar de la pipa, y es un detalle de mucho efecto», pensó.

Aquella noche pidió la pipa a su padre.

—¿Una pipa vieja? —exclamó éste—. ¡Pero si prefiero las viejas a las nuevas!... ¡Ah, espera un momento! Tengo una a la que se le ha roto la espiga. Estoy seguro de que esto no importará a vuestro muñeco.

La buscó y se la dio a Peter.

Scamper corrió hacia la puerta y empezó a ladrar.

—Llévatelo a dar una vuelta por el jardín —ordenó a Peter su madre.

—Bien, mamá. Vamos, *Scamper*. Llevaremos la pipa al muñeco. ¿Vienes, Janet?

—¿Tienes la llave del cobertizo? —preguntó la niña.

Peter buscó en uno de sus bolsillos, luego en otro...

—¡Atiza! —exclamó—. No la tengo. He entrado en el cobertizo para guardar el dinero y debo de habérmela dejado en la cerradura.

—¡Vamos a verlo! ¡Corre!

Lo inmediato fue pensar en las «Tres Pesadas».

Se pusieron el abrigo y atravesaron el jardín en dirección al cobertizo. *Scamper* brincaba alrededor de ellos como un loco.

Llegaron a la puerta y Peter enfocó con su linterna la cerradura.

—¡Mírala, Janet! ¡Está puesta! ¡Soy un estúpido! No merezco ser el jefe del «Siete Secretos». Si Sussy hubiera pasado por aquí, se habría podido llevar el muñeco.

Abrieron y entraron. Peter llevaba la pipa que quería poner en la boca del muñeco.

Janet lanzó un grito y se cogió al brazo de su hermano.

—¡Mira, Peter! ¡El muñeco está desnudo! ¡Sussy ha estado aquí! ¡A quién se le ocurre dejarse la llave en la cerradura!

En efecto, el muñeco estaba desnudo. Seguía sentado en su sillón, con la careta puesta, pero sin ropa alguna. Su formidable corpachón tenía un aspecto extraño.

—Lo único que le han dejado las «Tres Pesadas» han sido los imperdibles que le sujetaban los pantalones —dijo Janet entre lágrimas—. ¡Qué desgracia, Peter! ¡Un muñeco tan hermoso! ¡El mejor que habíamos tenido! ¿Qué dirán nuestros compañeros?

Peter estaba apenadísimo: la culpa había sido suya. Miró por todo el cobertizo con la esperanza de encontrar las ropas en un rincón. Pero allí no había ropas ni nada

semejante.



—Volvamos a la casa —murmuró.

Cerró la puerta con gran cuidado y se guardó la llave en el bolsillo.

—¡Es horrible! Voy a ver a Jack para explicarle lo que han hecho las «Tres Pesadas». Quizás él pueda sacarle a Sussy dónde ha escondido la ropa.

Jack quedó tan horrorizado como Peter y Janet cuando se enteró de lo ocurrido. Apenas podía creerlo.

—Ahora comprendo. Eso ha sido lo que han hecho esta tarde Sussy y sus compañeras. Creía que estaban reunidas en el pabellón, hablando de sus tonterías, y donde estaban era en el cobertizo. ¡Esta vez Sussy me las pagará!

Cerró la puerta del recibidor dando un portazo y fue en busca de su hermana. Ésta, Hilda y Doris estaban leyendo al calor del hogar. Jack dio un tirón de pelo a Sussy.

—¿Qué habéis hecho de las ropas del muñeco? Por eso no se os ha visto esta tarde. Habéis ido a cometer un robo.

—No digas tonterías —replicó Sussy, mirándole, extrañada—. Hemos estado en

el desván toda la tarde, por orden de mamá, buscando cosas viejas para venderlas al trapero.

Jack lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Que no habéis estado en el cobertizo? ¡No mientas! ¿Dónde están las ropas del muñeco?

Las «Tres Pesadas» contra los «Siete Secretos»

Sussy, Doris e Hilda se asustaron al oír los tremendos gritos de Jack.

—Has de saber —replicó Sussy, levantando también la voz— que no tenemos el traje de vuestro ridículo muñeco. Pero te confieso que me alegro de que se haya perdido.

Se echó a reír. Jack insistió a grandes voces:

—¿Dónde lo habéis escondido? ¡Di!

En ese momento apareció su madre.

—Basta de gritos, Jack. ¿Qué ocurre?

—Que Sussy, Doris e Hilda se han llevado las ropas de nuestro muñeco —acusó Jack, olvidándose, en su desesperación, de que la delación es un acto innoble—. Y ahora mienten diciendo que no saben nada... ¡Habéis sido vosotras! ¡Os conozco muy bien!

—¡Basta! —ordenó la madre—. Vete a tu habitación, Jack, y espera allí. Yo hablaré con Sussy.



Jack se marchó. La cólera le ahogaba. Registró la habitación de Sussy con la esperanza de hallar las ropas del muñeco debajo de la cama o en el armario. Pero no las encontró. Entonces se fue a su cuarto y allí se quedó esperando, como le había ordenado su madre.

Pronto llegó ésta.

—Te prohíbo que digas ni una palabra más a las niñas sobre las ropas del muñeco. Les has dado un gran disgusto. Además, Sussy me ha contado que Peter y tú las engañasteis. Las hicisteis subir a la cumbre de Hayling Hill. Estoy avergonzada de ti, Jack.

—¡Pero, mamá!... Óyeme: estoy seguro de que Sussy tiene escondidas las ropas de nuestro muñeco.

—No quiero oír hablar más de este asunto —concluyó la madre. Y cerró la puerta.

Jack se dejó caer en una silla. Estaba abrumado. No se atrevía a bajar a telefonar a Peter. No le cabía duda de que si bajaba, Sussy y sus dos amigas se reirían de él a

sus espaldas.

Los «Siete Secretos» se reunieron en el cobertizo a la mañana siguiente. Todos estaban tristes y abatidos. Al ver el muñeco, antes tan magnífico y bien trajeado, y ahora tan grotesco, desnudo, sólo cubierto por la careta, Pamela se echó a llorar.

—Se han llevado toda la ropa que traje —dijo con la voz entrecortada por los sollozos—. Oye, Peter: tu madre debería ir a ver a la de Sussy para quejarse. Esas chicas nos han robado. ¡Robado! —No, eso no— dijo Jack. —Quiero decir que estoy seguro de que Sussy devolverá las ropas del muñeco después de la Noche de las Hogueras. Esto es solamente una de sus bromas de mal gusto. Anoche estaba tan enfadado, que no sé cómo no le di de bofetadas.

—Todo ha sido culpa mía —dijo Peter, cabizbajo—. Si no me hubiera dejado la llave en la cerradura, no habría sucedido lo que sucedió. Merezco que me abofeteéis. Sussy no hizo más que aprovecharse de su suerte. Porque esta vez tuvo tanta suerte como cuando nos dejamos abierto el cobertizo para ir por el sillón.

—En fin —resumió Colín—, tendremos que buscar más ropas. Hay un viejo impermeable en el garaje de mi casa. Estoy seguro de que nadie lo quiere. Lo cogeré. Alguno de vosotros podrá traer otro gorro, ¿no? Tendrá que conformarse con esto nuestro muñeco.

—Ya hemos comprado los fuegos artificiales —dijo Pamela, cambiando de tema, porque le daba pena el pobre Peter—. ¡Son estupendos! Nos sobraron nueve chelines, con los que compraremos «cohetes lunares». ¿Quieres que pase por la tienda para preguntar si los han recibido, Peter?

—Sí —respondió Peter, cogiendo la cajita de la estantería—. Los nueve chelines están aquí.

Pero al mover la caja y ver que no hacía ruido, se alarmó. La abrió en seguida, y un gesto de terror transfiguró su semblante.

—¡Aquí no hay ni un penique! —exclamó—. ¡Los nueve chelines han desaparecido!

Hubo un silencio de muerte. Incluso *Scamper* se quedó inmóvil. Jack dijo fríamente:

—Si Sussy se ha llevado el dinero, Peter, puedes tener la seguridad de que se trata sólo de una broma. Mi hermana no es una ladrona.

—¿Acaso no fue ella la que robó las ropas del muñeco? —exclamó Bárbara—. No me fío ni tanto así de las «Tres Pesadas».

—Yo opino como Jack —intervino Peter—. No creo que Sussy sea capaz de cometer ningún robo. Pensad que es la hermana de Jack. Tal vez las «Tres Pesadas» se hayan llevado las ropas del muñeco y el dinero para vengarse de nuestra broma, pero con el propósito de devolvérselo todo después de la Noche de las Hogueras.

—Estoy segura de que nos lo devolverán —dijo Janet—. No me cabe la menor duda, Jack. Le diremos a Sussy que sabemos que tiene nuestro dinero y que haga el favor de devolvérselo, aunque sea después de la Noche de las Hogueras. Entonces

compraremos los «cohetes lunares», aunque sea fuera de tiempo. Y no hablemos más de este asunto que puede sembrar la desunión entre nosotros.

—Bien —concluyó Jack—. Ahora vamos a buscar leña para la hoguera. No puedo seguir aquí sentado y charlando como si nada hubiese ocurrido. Estoy demasiado indignado.

Todos se levantaron y salieron. Peter cerró la puerta con gran cuidado. Se dirigieron al campo en silencio, se detuvieron ante el montón de leña y estuvieron contemplándolo un momento.

—Alguien ha venido a remover la leña —dijo Peter—. Además, ha cavado —añadió, pisando un terrón desprendido del suelo—. ¡Qué cosa tan extraña!, ¿verdad? —Y finalmente, mirando el montón de troncos y ramas, dijo—: Necesitamos más leña; conque ¡ánimo, Jack!

—Peter, tienes la misma cara que si hubieras hecho mal páginas enteras de sumas.

La broma no hizo reír a nadie. Todos estaban deprimidos por la desaparición de las ropas y el dinero. ¡Qué lástima que Peter se hubiera dejado puesta la llave en la puerta del cobertizo! Siguieron el mismo plan que la vez anterior. Recogieron ramas, las amontonaron en la linde del bosque y luego las ataron y las llevaron, arrastrando los haces, hasta el sitio donde habían de encender la hoguera. El montón de leña creció considerablemente y los «Siete Secretos» se animaron al pensar en la altura que alcanzarían las llamas.

Scamper corría alrededor de la leña con alguna ramita entre los dientes. Daba la impresión de estar muy atareado. Incluso empezó a cogerlas del montón. Pero pronto le aplacaron los ánimos.

De pronto, Jorge exclamó:

—¡Mirad! ¡Por allí vienen Sussy y sus amigas! Sin duda han descubierto que es éste el sitio de nuestra hoguera.

—¿Dónde están las ropas del muñeco? —les gritó Pamela, acordándose de lo mucho que había costado conseguirlas.

—¡No las tenemos! —respondió Sussy, también a voz en grito.

—¡Sí que las tenéis! —replicó Pamela—. Estamos seguras de que os llevaríais también la leña si pudieseis.

—Tranquilízate, Pamela —dijo Sussy—. No queremos para nada ese ridículo montoncito de leña. Se desmoronará apenas lo toquen. Os lo voy a demostrar.

Y, a la vista de sus siete horrorizados rivales, Sussy, Doris e Hilda empezaron a dar tirones de las ramas mientras corrían alrededor del montón.

Verdaderamente, aquellas tres chiquillas eran tres demonios.



Hay que vigilar la futura hoguera

Apenas acudieron los «Siete Secretos» a defender su montón de leña, las «Tres Pesadas» huyeron como tres exhalaciones.

—¡Volveremos! —les amenazó Sussy—. ¡Os podéis despedir de vuestra hoguera!

—Alguien tendrá que quedarse aquí de guardia —dijo Peter, cabizbajo—. Me parece que fue una estupidez que nos indispusiéramos con Sussy. Es demasiado lista.

Acabaron de preparar la hoguera, sin dejar de vigilar por si volvían las «Tres Pesadas». Pero ya no volvieron a ver ni rastro de ellas.

—Debemos seguir vigilando esta tarde —dijo Jorge—. Podríamos montar guardia por turno.

—Tengo otra idea mejor. Vigilaré a las «Tres Pesadas»; no las perderé de vista y esta noche me las llevaré al cine. Así tendremos la seguridad de que no pueden hacer ninguna fechoría. Mi madre nos ha ofrecido pagarnos el cine. ¿Qué os parece? Yo no tengo ganas de ir, pero creo que lo debo hacer.

—Es una buena idea —opinó Janet—. Así no tendremos que estar aquí de guardia con este frío. ¿Quieres que Peter vaya al cine con vosotros? Si Peter te acompaña, no te será tan pesado aguantar a esas tres pelmas.

—Eso me parece muy bien —aprobó Jack, agradecido—. La compañía de Peter será un alivio para mí, desde luego.

Así, pues, aquella noche Peter y Jack llevaron al cine a las tres niñas.

La madre de Jack se conmovió.

—Me alegro de que hayáis hecho las paces —dijo—. Estaba segura de que las niñas no habían tocado las ropas de vuestro muñeco: no son capaces de hacer una cosa así.

Jack no contestó, pero se dijo en su fuero interno que eran capaces de esto y de mucho más. Había estado vigilándolas toda la tarde y podía asegurar que no se habían acercado al lugar de la hoguera. Ahora las tendría a su lado hasta la hora de irse a dormir. No era poco.

A la mañana siguiente, por ser domingo, las tres niñas fueron a la iglesia, y Jack las acompañó. Pero por la tarde Sussy empezó a mostrarse bulliciosa.

—Vamos a dar un paseo —propuso a sus dos amigas.

Jack se preguntó adónde querían ir. ¿Al lugar de la hoguera tal vez?

—Iré con vosotras —dijo.

—No, gracias —rechazó Sussy—. No queremos seguir bajo tu custodia. ¿Qué crees que vamos a hacer? Ya sé lo que temes: que dispersemos la leña de vuestra hoguera.

Jack se sonrojó: en efecto, era eso lo que estaba pensando.

En este momento le llamó su padre.

—¡Jack, haz el favor de ayudarme a limpiar el coche!

—Voy, papá... Pero me iba de paseo con las niñas y...

—Ya te lo dejamos, papá —dijo Sussy con una maligna sonrisa—. Hasta luego, Jack. Has de ser obediente.

Las «Tres Pesadas» se fueron, dejando a Jack enfrascado en la limpieza del coche, con la manguera en la mano. En vista de que ya no podía seguir los movimientos de las niñas, Jack se dijo que debía telefonar a Peter para advertirle que debía vigilar los preparativos de la hoguera. ¡Sería horrible que aquellos tres demonios pusieran sus manos en la maravilla que tenían preparada!

—¿Puedo ir a telefonar a Peter, papá? Me acabo de acordar de que tengo que decirle una cosa importante.

—Ya le telefonarás cuando hayas terminado. No será un asunto tan urgente que tengáis que resolverlo ahora mismo.

Durante tres cuartos de hora, Jack estuvo ocupado en la limpieza del coche. Su intranquilidad era extraordinaria. A lo mejor, Sussy y sus dos amigas estaban desparramando la leña de la hoguera en aquel momento. Sería horrible. Respiró cuando su padre le permitió ir a telefonar, cosa que hizo a toda prisa.

—Peter, ¿eres tú? Escucha: Sussy y sus dos amigas se han ido de paseo. Es muy posible que vayan a visitar nuestro montón de leña. Vigila si puedes.

—Ahora mismo voy hacia allí —repuso Peter—. Has hecho bien en avisarme. Acto seguido, empezó a dar voces.

—¡Janet, Janet! Me ha telefoneado Jack. Dice que Sussy y sus amigas han salido de paseo y que es muy posible que vayan a visitar el montón de leña. Debemos ir a vigilar.

—¡Dios mío! —exclamó Janet—. ¡Vamos en seguida!

Janet y Peter cogieron sus abrigos a toda prisa y salieron al jardín. Minutos después, estaban en el lugar de la hoguera.

El espacioso llano estaba desierto. Seguramente, Sussy había llevado a otra parte a sus dos amigas. De pronto, Peter se estremeció. Cogió la mano de Janet y señaló hacia el lugar de la hoguera. No podía hablar. Apenas quedaba nada del gran montón de leña: la habían desparramado.

Dispersos sobre la hierba, se veían gruesos troncos y ramas de todos los tamaños. Las lágrimas asomaron a los ojos de Janet.

—No sé cómo se puede tener valor para hacer una cosa así, Peter. ¡Tan magnífico como era nuestro montón de leña! ¡Qué lástima que Jack no nos haya avisado antes! Habríamos podido evitar que se acercaran Sussy y sus amigas.

Peter estaba rojo de ira. Miraba hacia el lugar de la hoguera con los labios crispados y el entrecejo fruncido.

—¡Cualquiera diría que esas chicas se han vuelto locas! —exclamó por fin. Y se acercó a los restos del gran montón de leña.

Janet le siguió en silencio. Cuando llegó a su lado exclamó:

—¡Mira, ahí hay un gran hoyo! ¿Crees que Sussy y sus amigas pueden haberlo hecho después de dispersas la leña? ¡Es incomprensible! ¿Qué se propondrán?

Verdaderamente, parecen haber perdido el juicio. ¿A ti qué te parece, Peter?

—Estoy confundido —repuso Peter, perplejo—. Vamos a telefonar a Jack...
Espera. ¿Son aquéllas Sussy y sus dos amigas? Sí, lo son. Ahora veremos qué dicen.

Una azada y un botón

Las «Tres Pesadas» se reunieron con Peter y Janet. Sussy contempló estupefacta los restos del montón de leña.

—¿Qué ha pasado? ¿Porqué habéis esparcido la leña?

—Sois vosotras las que la habéis esparcido —replicó Peter temblando de rabia.

—¿Nosotras? —exclamó Doris—. ¡Pero si acabamos de llegar! ¡Bien lo habéis visto!

—Sí, os hemos visto llegar; pero no me cabe duda de que habéis estado aquí antes —dijo Peter—. Para hacer maldades sois las únicas.



Sussy le miró y luego desvió la vista hacia la hoguera.

—Oíd: no os niego que pensábamos desbaratar esto un poco; pero no tanto. Además, ahí hay un hoyo. ¿Quién lo ha hecho?

—¡No disimuléis! —exclamó Peter, cada vez más indignado.

Janet le dio un golpecito en el brazo.

—Te aseguro que no fingen, Peter. Están tan sorprendidas como nosotros. No me cabe duda de que no han sido ellas.

—Peter no te creerá —repuso Sussy, con sorna—. Y Jack tampoco. Sin embargo, es la verdad. No hemos estado aquí antes. ¿Por qué no tratamos de averiguar quién ha hecho esto?

Peter y Janet la miraron. Evidentemente, Sussy no bromeaba. Muy seria, siguió diciendo:

—Primero creísteis que nos habíamos llevado las ropas y el dinero. Ahora nos culpáis de haber dispersado la leña. No hemos hecho ni una cosa ni otra, esta es la verdad.

Y Sussy, Hilda y Doris se marcharon con la cabeza alta. Janet y Peter las siguieron con la vista sin poder decir palabra. Al fin, Janet se volvió hacia Peter.

—Estoy segura de que son sinceras. No han hecho esto ni tienen nada que ver con

la desaparición del dinero y de las ropas del muñeco. En cuanto al dinero, nunca creí que Sussy lo hubiera cogido. Tenemos otro enemigo, otra persona que se complace en fastidiarnos.

—Pero ¿quién puede ser? —inquirió Peter, desconcertado—. ¿Y para qué puede querer las ropas del muñeco? Esto parece obra de un loco.

—Busquemos por aquí —propuso Janet—. Quizás encontremos alguna pista. Me gustaría saber quién ha hecho este hoyo. Desde luego, parece obra de alguien que no está bien de la cabeza. A lo mejor, Burton nos puede decir algo de esto. Sabía que íbamos a hacer una hoguera porque le pedimos los ramajes del seto.

—Es verdad —convino Peter—. Burton puede haber visto a alguien rondando por aquí. Vamos a ver si lo encontramos. Los domingos suele ayudar a ordeñar las vacas.

—Me parece que es aquél —dijo Janet, señalando hacia el bosque—. Debe de regresar a su choza.

Se dirigieron al bosque y se detuvieron ante la puerta de la cabaña cubierta de hiedra.

—¡Burton! ¡Burton! —Gritaron.

Nadie contestó.

—Voy a ver si está dentro —dijo Peter.

Empujó la puerta y entró en la cabaña, seguido de Janet.

—Pues no está aquí —anunció Peter, después de mirar en todas direcciones.

Apenas había luz dentro de la choza, pero Peter, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio que algo brillaba en el suelo y lo recogió.

—Es una azada —dijo a Janet—. La azada de Burton. Lleva su nombre grabado al fuego en el mango. En todas sus herramientas pone su nombre por si se las roban.

Janet le miró con un gesto de pesar.

—Tú no crees que pueda ser Burton el culpable, ¿verdad, Peter? Aprecio a ese hombre... Sin embargo, no cabe duda de que alguien ha revuelto nuestra leña con una azada y que ésta lleva el nombre de Burton.

—Estás pensando que fue Burton el que miró la otra noche por la ventana del cobertizo y el que se llevó las ropas del muñeco y el dinero, ¿verdad, Janet?... Desde luego, Burton anda muy mal de ropa. Pero no puede haber quitado el dinero. Hace mucho tiempo que trabaja en casa y papá está encantado con él. No, no puede ser él el culpable... A menos que se haya vuelto loco.

—Yo tampoco lo creo —dijo Janet—. Pero esta azada es suya... ¡Oh, no quiero pensar que Burton haya hecho una cosa así! Si se lo decimos a papá, lo despedirá.

Peter recorrió otra vez con la vista el interior de la choza. Estaba preocupado y confuso. Ya era bastante desagradable pensar que las «Tres Pesadas» pudieran haberles hecho tan míseras jugarretas, pero aún era peor sospechar que el culpable fuera el viejo Burton.

Peter se volvió a agachar y recogió un objeto pequeño y redondo.

—¡Es un botón! —exclamó—. Míralo, Janet... ¿No te parece haberlo visto antes?

A mí sí.

Janet lo reconoció en seguida.

—Los botones de la americana del muñeco eran así, de un color entre amarillo y castaño, ¿no te acuerdas? El ladrón ha estado aquí, llevaba puesta la americana del muñeco y perdió este botón. ¿Quién será el ladrón, Peter? La americana del muñeco es demasiado grande para Burton.

—Puede habérsela hecho arreglar —dijo Peter—. En fin, vámonos a casa. Hay algo muy raro en todo esto.

Jack tiene una idea repentina

Peter y Janet regresaron a su casa. Estaban confundidos y preocupados.

—Lo mejor será que mañana, cuando veamos a los demás en el colegio, les contemos lo ocurrido —propuso Peter—. Si cada uno se trae algo para comer y mamá nos prepara unas botellas de limonada, podremos merendar rápidamente y luego dedicarnos a preparar de nuevo la hoguera. Aún tenemos el muñeco y no nos faltan fuegos artificiales. No tenemos tantos como queríamos, pero los suficientes para pasar un buen rato.

—Desde luego —dijo Janet—, es muy triste que nuestro muñeco no sea ya tan bonito como habíamos conseguido que fuera, y que nuestra provisión de cohetes haya disminuido; pero nos conformaremos con lo que tenemos.

Al salir del colegio en la tarde del lunes, los Siete se reunieron de nuevo en el cobertizo. Allí estaba *Scamper*, que, como de costumbre, daba la bienvenida a los que iban llegando. Janet había informado a las niñas de lo ocurrido el día anterior, y Peter lo había explicado a los chicos. Se sentaron todos, abrieron sus bolsas de galletas y pastelillos y aceptaron encantados la limonada que les ofreció Peter.

—Bien —empezó a decir el jefe del club—. Ya sabéis poco más o menos lo ocurrido ayer. El montón de leña casi ha desaparecido. También os hemos dicho que Janet y yo no creemos que Sussy y sus amigas fueran las culpables.

—Dijiste que seguramente había sido Burton —le recordó Colín.

—Pues no ha sido Burton —aclaró Peter, lo que fue una novedad para todos, excepto para Janet—. Mi padre me ha dicho esta mañana que Burton está en cama desde hace varios días. Así que no ha podido ser él.

—Seguramente todo ha sido obra de algún vagabundo —declaró Janet—. Al mirar aquella tarde por la ventana del cobertizo, vio el estupendo traje del muñeco y después lo robó.

—Y también se llevó el dinero —añadió Jack—. Lo que no comprendo es por qué revolvería la leña y haría el hoyo.

Hubo un silencio. De pronto, Jack se dio una fuerte palmada en la rodilla, asustando a todos sus compañeros.

—¡Estamos ciegos! —exclamó—. ¡Somos una cuadrilla de imbéciles!

Los otros seis le miraron extrañados.

—Tranquilízate, Jack —dijo Peter—. ¿Qué te ocurre? ¡Cualquiera diría que has visto un fantasma!

—No he visto ningún fantasma; es que ya sé quién es ese ladrón que ha desbaratado nuestros planes. Sí, sé quién es; estoy convencido.

—Bueno, ¿quién es? —preguntó Peter con ansiedad.

—Pues el tercer ladrón, el que logró huir cuando la policía detuvo a sus dos compinches; o sea, uno de los tres que robaron en casa de la abuela de Colín. La cosa no puede estar más clara, ¿no os parece?

—¿El tercer ladrón? —preguntó Peter—. Pero oye...

—Ese hombre —le interrumpió Jack— sabía que la policía tenía sus señas personales. Así lo dijeron los periódicos. Por eso quería vestirse de otro modo y cogió el traje de nuestro muñeco.

—Jack tiene razón —aprobó Janet—. ¿No os acordáis de que era alto y grueso? Necesitaba un traje de gran tamaño, como el de nuestro muñeco.

—Yo también estoy de acuerdo —dijo Jorge—. El que miró por la ventana del cobertizo no fue Burton, sino el tercer ladrón.

—Y como sin duda necesitaba dinero, vació nuestra caja —añadió Bárbara.

—¿Sabéis lo que estoy pensando? —dijo Peter—. Que los otros dos ladrones debieron de enterrar en nuestro campo los objetos robados, y que el tercero debe de andar buscando el escondite. Por eso se apoderó de la azada de Burton e hizo el gran hoyo que vimos entre la leña.

—Desde que Burton se puso enfermo —intervino Pamela—, el ladrón debe de haber dormido en la cabaña. Esto explica el hallazgo del botón. Sin duda, lleva puesto el traje del muñeco.



Scamper notó la excitación que reinaba en torno de él y empezó a ladrar, mientras agitaba vivamente la cola. Peter lo acarició.

—Calma, *Scamper*, calma... Y ahora, escuchad todos. El ladrón ronda todavía por aquí, por el bosque. En este momento, quizás esté en la cabaña de Burton. No creo que haya encontrado aún los objetos robados, y no cabe duda de que no se irá hasta que dé con ellos. Así que...

—Lo mejor será —le interrumpió Jack— ir a contárselo todo a la policía antes de que ese hombre encuentre el botín y desaparezca. ¡Qué estúpidos hemos sido! ¡No

haber pensado en ello antes! Tanto interesarnos por el robo, y ahora resulta que hemos tenido durante varios días al ladrón ante nuestras mismas narices y no nos hemos dado cuenta.

—¡Y echamos las culpas a la pobre Sussy! —exclamó Janet—. Estoy verdaderamente avergonzada.

—Oíd —dijo Bárbara—. No olvidemos que esta noche hay que encender la hoguera. Telefonead a la policía y vamos a prepararlo todo. De lo contrario, no tendremos tiempo. Hay que recoger leña, colocar el muñeco y ordenar los cohetes. Debemos celebrar la fiesta por encima de todo.

—Bien —aprobó Peter—. Voy a telefonar a la policía. Tal vez no me crean, pero iré. Jack, entre Jorge y tú sacad el muñeco. Tú, Pamela, encárgate de los cohetes. Janet, no te olvides de traer cerillas. Y vosotros, Colín y Bárbara, amontonad la leña lo más rápidamente posible.

—A la orden, mi capitán —dijo Jack—. *Scamper*, abre la marcha.

—¡Y mucho cuidado con el ladrón! —gritó Peter mientras corría hacia la casa para telefonar a la comisaría—. ¡Estoy seguro de que anda rondando todavía por aquí!

Lo inesperado

Todos obedecieron las órdenes de Peter. Vistieron al muñeco con un viejo impermeable, le pusieron una gorra y lo sacaron del cobertizo. Entonces lo sentaron en su sillón y lo llevaron al campo a través del jardín. Pamela iba detrás con el voluminoso envoltorio de los cohetes. Janet corrió a su casa en busca de cerillas.

Pronto estuvieron todos en el campo. Como empezaba a oscurecer, tuvieron que echar mano de las linternas.

—¡Atiza! —exclamó Jack al notar que una gota le caía en la cara—. Me parece que empieza a llover.

Colín y Bárbara se dedicaron a rehacer el montón de leña. No fue tarea fácil, pues la oscuridad aumentaba por momentos. Jack y Jorge los ayudaron cuando hubieron colocado el muñeco.

De pronto, Colin tiró a Janet del abrigo y le dijo en un susurro:

—Mira. ¿No te parece que aquello que hay al otro lado del llano es una figura humana?

Janet miró hacia donde Colin le indicaba y dio un codazo a Jack y otro a Jorge.

—Silencio —les dijo en voz baja—. Mirad hacia el final del llano.

Miraron a través de la oscuridad y de la lluvia y vieron lo mismo que había visto Colin: un hombre que cavaba sin cesar.

El hombre que cavaba no veía a los chicos, pues estaba lejos y de espaldas.

—El tercer ladrón —susurró Janet—. ¿Qué hacemos?

—Fingir que no lo hemos visto —repuso Colín—, y no apartar la mirada de él hasta que llegue la policía. Esto es lo mejor.

—¿Veis si va vestido con las ropas del muñeco? —musitó Pamela.

—Yo no lo veo —repuso Colín—. Hay niebla y está muy lejos. Pero debe de ser el ladrón. Si no lo fuera, no tendría objeto que estuviera allí cavando... Venid; preparemos la hoguera y coloquemos el muñeco. Debemos simular que estamos enfrascados en el trabajo y que no nos hemos dado cuenta de la presencia de ese hombre.

Volvieron a formar el montón de leña a toda prisa y colocaron sobre él al muñeco sentado en su sillón.

—Ha quedado muy bien —comentó Jack—, pero la lluvia arrecia y no creo que la hoguera pueda encenderse: la leña se esta empapando.

—¡Qué lástima! —exclamó Pamela—. Todo nos sale mal.

—Silencio —ordenó Colín en voz baja—. El hombre viene hacia aquí. No os asustéis. Tenemos a *Scamper*. Sigamos arreglando la hoguera y hablando como si nada hubiera ocurrido.

El hombre llegó junto a ellos. Pamela lo miró y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no gritar. Llevaba los pantalones, la americana, las botas de goma y el gorro con que habían vestido la primera vez al muñeco. *Scamper* empezó a ladrar y a gruñir. El

hombre dijo con muy malos modos:

—¡Largo de aquí! En este campo no se pueden encender hogueras; su dueño no quiere.

—El dueño es mi padre —dijo Janet— y sabe que vamos a encender esta hoguera... Le advierto que este perro muerde. De modo que habrá de llevar cuidado con él.

Viendo que *Scamper* saltaba a su alrededor sin cesar de ladrar, el hombre levantó la pala que llevaba en la mano. Los niños empezaron a gritar:

—¡No le pegue!

—¡Deje en paz al perro!

—¡Como le haga daño, verá!

—¡Ven aquí, *Scamper*!

No sabemos cómo habría terminado este incidente si no hubieran aparecido de pronto en la carretera dos automóviles que se detuvieron junto al llano. De ellos bajaron seis oscuras formas humanas.



—¡Es la policía! —gritó Jack.

En un abrir y cerrar de ojos, el hombre de la pala desapareció bajo la lluvia y la oscuridad, perseguido por los niños y *Scamper*. El fugitivo le dio un paletazo al perro y le alcanzó en una pata. *Scamper* lanzó un aullido de dolor y corrió hacia Janet cojeando.

—¡Por aquí! ¡Por aquí ha huido! —gritó Jack, haciendo señales con su linterna.

Todos corrían a través del campo. En esto, alguien llegó corriendo también y tan fatigado que apenas podía respirar. Era Peter, que, después de haber telefoneado a la policía, se había detenido a contárselo todo a su madre. Ahora llegaba como un rayo para reunirse con sus compañeros.

—¡Qué rápida ha sido la policía! —exclamó—. Han creído todo lo que les he contado. Y del ladrón, ¿qué? Me ha parecido oírlos decir que no anda lejos.

—*Scamper* y nosotros lo hemos perseguido —dijo Jack—. Por cierto, que le ha dado un paletazo al pobre animal y le ha hecho daño en una pata. Debemos buscar al

ladrón, pero sin separarnos. Ha huido hacia allí. No me cabe duda de que lo atraparán: los agentes se han esparcido por todo el campo.

Scamper cojeaba y ladraba sin cesar.

A los Siete les pareció delicioso permanecer al acecho en la oscuridad, oyendo el apresurado ir y venir de la policía y sin poder ver nada a través de la lluvia, que arreciaba por momentos.

Scamper lanzó un aullido de dolor y los siete niños le rodearon solícitos. Peter, inquieto, empezó a palpar la pata herida.

—Me parece que no está rota —comentó.

Un policía se acercó a ellos.

—¿Habéis visto por aquí al ladrón? Creo que se nos ha escapado. ¡Con esta lluvia...! Pero ¿qué es eso?

—Nuestra hoguera —repuso Peter—, con su muñeco en espera de ser devorado por las llamas. Pero está tan mojado, que no creo que arda.

—Sentado en su sillón sobre el montículo de leña, vuestro muñeco tiene un aspecto impresionante —dijo el policía. Y añadió—: Me temo que vamos a tener que renunciar a la captura del ladrón. Ese hombre debe de haberse internado en el bosque y allí será inútil buscarlo.

Los Siete oyeron cómo los agentes se reunían y cambiaban impresiones. Luego vieron que se dirigían a los coches, alumbrándose con sus linternas.

—El ladrón se ha escapado —anunció Peter—. Sin duda, ya estará a más de un kilómetro de aquí.

—No —murmuró Janet a su oído y con voz que la emoción hacía temblar—; no se ha ido, Peter: está sentado sobre el montón de leña. Se ha puesto el impermeable del muñeco, pero yo he visto sus botas de goma a la luz de las linternas. ¡Ahí está! Sabe muy bien que con esta lluvia no lo quemaremos.

Peter ahogó una exclamación de asombro. Se acercó al montón de leña y pudo comprobar que Janet tenía razón. ¡Vaya escondite que había elegido aquel granuja! Estaba sentado en el sillón, con el impermeable y la careta del muñeco. Éste yacía sobre el montón de leña, nuevamente desnudo. Peter dijo en voz baja a sus compañeros:

—Quedaos aquí y haced ver que jugáis alrededor de la hoguera. Me llevo a *Scamper* para evitar que olfatee a ese tipo y empiece a ladrarle. Voy a intentar hablar con la policía antes de que se vaya. Esperadme aquí.



¡Pim! ¡Pam! ¡Pum!

Peter salió disparado a campo traviesa. Cuando estuvo cerca de los coches, empezó a gritar y a hacer señales con su linterna. Uno de los autos se ponía en marcha en aquel momento, pero, al oír las voces, se detuvo.

—¡Hemos encontrado al ladrón! —exclamó Peter—. Está sentado sobre el montón de leña, con el impermeable y la careta de nuestro muñeco. Lo hemos reconocido por las botas. ¡Corran, por favor!



A partir de este momento, los acontecimientos se precipitaron. Los agentes corrieron hacia el montón de leña. El ladrón intentó huir, pero *Scamper*, aunque cojeando, se arrojó a sus pies y el hombre cayó. Antes de que pudiera levantarse, ya lo sujetaban las manos de los agentes. El malhechor empezó a dar voces y a luchar.

—Volved a vuestras casas, hijos —aconsejó el sargento a los Siete—. Lluve demasiado. Siento que se os haya aguada la Noche de las Hogueras. Dejad la fiesta para mañana. Nosotros vendremos a buscar los objetos robados antes de que encendáis la hoguera. Si los encontramos, bailaremos con vosotros alrededor de las llamas.

Los Siete vieron desaparecer a los agentes entre la lluvia, llevándose al preso esposado.

—Estoy rendida —suspiró Janet— y calada hasta los huesos. Vamonos a casa.

—Ha sido todo muy emocionante, pero nos hemos quedado sin hoguera —se lamentó Jack—. ¡Tanto como nos habríamos divertido!

—Además —añadió Peter—, el pobre *Scamper* está herido. No estoy para fiestas. Vamonos y no pensemos más en ello. Tenemos pocos cohetes y la leña y el muñeco están empapados. Regresemos a casa.

Pero a la mañana siguiente todos pensaban de modo muy distinto.

El sargento les dijo por teléfono que podían pasar a recoger las ropas del muñeco, pues habían encontrado las del ladrón.

—Además —añadió—, tengo una sorpresa para vosotros.

—¿Qué es? —preguntó Peter.

—Os estoy muy agradecido por vuestra ayuda —contestó el sargento— y os mando una caja de cohetes. ¡Que disfrutéis mucho esta noche!

—¡Oh, muchas gracias! —exclamó Peter, emocionado.

Sus compañeros no se alegraron menos al enterarse del regalo y al mediodía, cuando salieron del colegio, planearon la fiesta de la noche.

—Mi madre —dijo Peter— preparará a las cinco una merienda estupenda para todos y mi padre nos ayudará en todo lo que tengamos que hacer.

—Y Burton, que ya está bien —anunció Janet—, dice que nos preparará una hoguera que llegará al cielo. Como la leña está mojada, buscará ramas secas.

—Otra cosa —dijo Peter—. Jack, estoy avergonzado por lo de Sussy. Fuimos injustos al echar las culpas de todo a ella y a sus amigas, y al acusarlas de... de...

—De robo —terminó Jack—. Por cierto, que tampoco ellas tuvieron hoguera anoche. ¿Queréis que participen en la nuestra?

—Ése es mi deseo —dijo Peter—. Pero ¿crees que Sussy aceptará? ¡Le dijimos cosas tan duras!...

—Escribámosle una nota en nombre de todos —propuso Janet.

Así lo hicieron. Jack llevó a su hermana el billete. Sussy lo abrió con un gesto de extrañeza y leyó:

«Querida Sussy: En primer lugar, queremos decirte que estamos arrepentidos de haber dicho cosas tan feas de vosotras. Nos gustaría mucho que Doris, Hilda y tú vinierais esta noche a disfrutar con nosotros de nuestros fuegos artificiales. Nos han regalado una gran caja de cohetes. Venid; nos ayudaréis a dispararlos. Pero antes os esperamos en el cobertizo para merendar. La contraseña es “Pequeño Willie”. Os pedimos perdón, Los Siete Secretos».

—¡Cielos! —exclamó Sussy con los ojos brillantes de entusiasmo—. ¡Qué contentas se van a poner Hilda y Doris cuando lo sepan! ¿Que si queremos ir a la fiesta? ¡Ya lo creo que queremos! ¡Y además, Jack, nos reuniremos con vosotros en el cobertizo y diremos la contraseña!...

—Sí, pero sólo por esta vez. Os ruego a las tres que os portéis como es debido.

—Te doy mi palabra de que seremos buenas. ¡Oh, qué sorpresa tan magnífica!

Así, por primera vez, Sussy dijo la contraseña y fue admitida en el cobertizo de los «Siete Secretos», en unión de Hilda y Doris. Pero no para tomar parte en ningún debate, sino para merendar. Estuvo muy amable. No quiso que le presentaran excusas y tuvo sonrisas para todos.

—No os disculpéis —manifestó—. Yo también he dicho y hecho cosas malas. Hicimos todo lo que pudimos para desbaratar vuestra fiesta. ¡Pero mucho más hizo el ladrón! Os agradecemos de veras que nos hayáis permitido entrar en el cobertizo y

decir la contraseña. No esperaba tanto.

Todos quedaron encantados de la amabilidad de Sussy y sus dos amigas. Janet se preguntó cómo podían haber sospechado de ellas cosas tan horribles.

«Pero no me extrañaría —pensó— que esta amabilidad no durase mucho. O que nosotros volviéramos a ofuscarnos y a ser injustos con ellas. De modo que lo mejor será aprovechar la ocasión y disfrutar esta noche cuanto podamos».

Así lo hicieron.

Lectores, venid conmigo al llano de la hoguera y escuchad: ¡Pim, pam, pum!... Y en seguida, el primer cohete lunar: ¡fiuuú!...

Se enciende la hoguera: ¡cric, crac, crac, cric!...

¡Qué espectáculo tan impresionante! Allá arriba, sentado en su sillón, vacilando, con su americana, sus pantalones, su gorro y sus botas de goma, está el rollizo muñeco... ¡Boom! Un cohete pasa junto a su cara y le hace inclinar la cabeza.



—¡Mirad cómo se ríe! —gritó Janet bailando en torno del fuego—. ¡El gordinflón de trapo se ríe! ¡Dice que siente un calorcito muy agradable!

¡Pim! Hasta otra, «Siete Secretos». Pronto nos volveremos a ver...

¡Pam! Cuidado, Peter; el cohete te ha pasado rozando la nariz...

¡Pum! ¡Vaya cañonazo!...

Uno solo falta en la fiesta. ¿Sabéis quién es? Nuestro querido y viejo *Scamper*. Tiene verdadero pánico a los cohetes y descansa en su cesta, junto al fuego, con el pretexto de que lleva la pata vendada.

¡Adiós, *Scamper*! ¡Lame a los «Siete Secretos» de nuestra parte cuando los veas!

...



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían en sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es más corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.

Notas

[1] El 5 de noviembre es el «Día de Guy Fawkes» en Inglaterra. Se celebra con hogueras, fuegos artificiales y transporte de los llamados «guys», monigotes rellenos de paja, que son quemados entre grandes aclamaciones. (N. de la T.) <<